
3 1761 06742976 1

HOMENAJE

TRIBUTADO AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

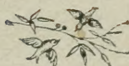
POR EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

EL 8 DE MAYO DE 1905, CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO

DE LA PUBLICACIÓN

DEL QUIJOTE



1905

IMP. P. SANCHO, ARZ. MAYORAL, 5 Y 24

VALENCIA

HOMENAJE AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

HOMENAJE

TRIBUTADO AL PRÍNCIPE DE LOS INGENIOS ESPAÑOLES

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

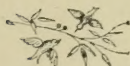
POR EL CLAUSTRO DE LA UNIVERSIDAD LITERARIA

DE VALENCIA

EL 8 DE MAYO DE 1905, CON MOTIVO DEL TERCER CENTENARIO

DE LA PUBLICACIÓN

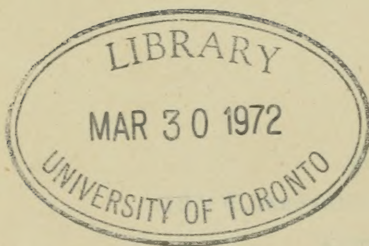
DEL QUIJOTE



1905

IMP. P. SANCHO, ARZ. MAYORAL, 5 Y 24

VALENCIA


LIBRARY
MAR 30 1972
UNIVERSITY OF TORONTO

REFLEXIONES MÉDICO-PSICOLÓGICAS ACERCA DEL QUIJOTE

POR EL

DR. D. JESÚS BARTRINA Y CAPELLA

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Excmo. Señor:

Señoras:

Señores:

El pugilato de admiración entre los idólatras de Cervantes les ha hecho ver en «El Quijote» intuiciones y atildamientos médicos de tan extraordinario valor, que á ser ciertos, habría que colocar al Príncipe de los Ingenios á nivel por lo menos de Hipócrates en los altares de Esculapio.

Hay en ello notoria exageración: no vacilo en afirmarlo; arrostro el riesgo de que me llaméis inoportuno: tal vez lo sea regatear alabanzas en ocasión para el aplauso concertada: pero pensad que ante una ovación universalmente tributada por tres siglos, más que de reforzar con mi insignificante voz el himno laudatorio, debo cuidarme de no alterarlo con la nota ridícula de un elogio inadecuado. Cuanto más, que bien pudiera suceder, y así lo estimo yo, que las imperfecciones médicas fuesen fundamento ineludible de las mayores excelencias de la obra, como creación artística que antepone la belleza á toda otra demanda.

Si la locura de D. Quijote hubiera sido copia exacta

de la realidad morbosa, como los cervantómanos quieren suponer, algo hubiese ganado en el concepto científico el libro venerando, pero á cambio de restringir por modo lastimoso la hermosura soberana de la forma. Ni Cervantes era médico, ni los más doctos de su tiempo hubiesen podido hacer una descripción, sin tacha, de la monomanía; faltaban cerca de dos centurias para que naciera Esquirol, á quien el destino reservaba esa tarea; pero aunque ambos genios se hubiesen amalgamado en uno, muy poco hubiera variado probablemente el cuento de D. Quijote, que harto alcanzaba el novelista en achaques de buen gusto, para supeditar un relato de puro entretenimiento á las nimiedades de un síndrome patológico ó á las sutilezas de una tesis doctrinal.

Cervantes no pudo, ni á poder hubiera querido, fotografiar sin deformación artística la realidad vesánica en una de sus más curiosas variedades. D. Quijote es un loco tan perfecto como puede serlo un loco de novela, pero no tan verdadero que merezca exhibirse cual modelo para la enseñanza clínica. El arte no aspira jamás á reproducir los hechos con tal exactitud que puedan resistir las fiscalizaciones de un análisis científico; la fantasía creadora se inspira en la naturaleza, mas nunca intenta suplantarla. Muy ignorante ha de ser el médico que encuentre algo de Medicina que aprender en «El Quijote». Uno es el Arte y otra la Ciencia, y por sendos caminos avanzan. Pocas horas de observación clínica en un manicomio enseñan más Frenopatología que todas las novelas del mundo, aun incluyendo aquella que tan en zaga deja á las demás.

Por malos rumbos conduce á algunos de mis compañeros el exceso de entusiasmo, pues les hace ver en una novela un tratado de Medicina, cuando de tal manera se van poniendo nuestras cosas que urge, por el contrario, denunciar que muchos libros de Medicina son novelas.

La enfermedad de D. Quijote fué un delirio sistematizado, ó monomanía, con ideas primitivas de grandezas, y subordinados desvaríos de persecución y enamoramiento: una paranoia primaria en su variedad filantrópica.

Llevado Alonso Quijano, el Bueno, de su afición y gusto por los detestables libros de caballerías, y absorto en su lectura, no sólo aquellos ratos que el ocio con pródiga mano le brindaba, sino los que antes en el cuidado de la hacienda, en el sano ejercicio de la caza y en el nocturno descanso invertía, dió en la extraña quimera de tener por ciertas tan desatinadas fábulas; y emulado por las hazañas de sus héroes quiso luego imitarlas y aun obscurecerlas con otras tan estupendas que le valieran eterna fama y universal renombre. Pensado y hecho: lánzase nuestro buen caballero por las áridas llanuras de la Mancha, metido en anacrónica vestidura, con armamento más enojoso que temible, sobre flaco jamelgo, que á él le parece brioso rocín, en busca de las empresas que á su abnegado y generoso ministerio incumben: siéntese adornado de dotes personales que le colocan por encima de los demás hombres; y por mejor parodiar á los protagonistas de aquellas leyendas que le sorbieron los sesos, empieza por fingirse locamente enamorado de una princesa, acaso del todo fantástica, y acaba por amarla en verdad como un loco. Proyectando sobre las cosas exteriores las sombras de su tormentosa fantasía, los objetos se le representan deformados del modo más conducente á satisfacer el ciego afán de aventuras que al esforzado caballero domina; mas como quiera que, en llegando á vías de hecho, semejantes ilusiones pierden consistencia, y el dolor se encarga de acreditar lo que por llano y común sentir torpemente se desconoció, y como, por otra parte, la terquedad no es sólo emblema de necios, sino también desdicha fundamental de locos, cada apercibimiento, cada coscorrón de la realidad, lejos de atraer el

descarrilado juicio del hidalgo á su normal sendero, lo extravía más y más, haciéndole buscar en artes de malquerencia y encantamento la explicación de sus descalabros. Es un delirio de persecución nacido como lógica defensa de un delirio de grandezas.

A todo esto, fuera del tema de la caballería andantesca, que constituye la tema de su desvarío, el pobre loco discurre con tan envidiable sensatez y cordura tanta, con tan raro ingenio, que no se diría sino que es el mismísimo Cervantes, sano y cuerdo, quien piensa por su cerebro y habla por su boca. Mas ¿qué digo? La lucidez mental de D. Quijote supera con mucho á la de Cervantes: para componer éste cualquiera de los brillantes é improvisados soliloquios, arengas ó réplicas de aquél, hubiera necesitado meditarlos, escribirlos y someterlos tal vez á enmienda y retoque.

De ahí el éxito inmenso de la obra. Fuera el ingenioso manchego constantemente loco. y no habría lector que le siguiese más allá del puerto Lápice: que el contacto con los vesánicos es harto enojoso para sostenido. y suelen rehuirlo muy presto las mismas gentes que por curiosas lo buscaron. El sol que brilla en la frente de D. Quijote, aunque con manchas y oquedades, es tan esplendente que fascina. Y de tal suerte interesan desde el principio hasta el fin los íntimos pensamientos, las discretas apreciaciones y la castiza dicción del héroe, que en vano el autor procura subsanar con ingertos episódicos la falta de nudo en el tenso hilo de la sencilla narración; donde el protagonista no es D. Quijote, el lector siente impaciencias, sin que sean parte á impedirlo la discreción y hermosura de Marcela, el desnaturalizado fanatismo de Zoraida, las imprudencias de Lotario, ni tantos otros relatos que por sí solos granjear pudieran á quien los ideó justa fama de insigne novelista.

Pero, más aún que el portentoso ingenio del enfermo, cautiva la sincera bondad de su corazón; que no es más generoso cuando el filantrópico delirio lo avasalla que cuando á su natural condición obedece; y allá con las arrogancias del honor, y aquí con la mansedumbre de la virtud, corre siempre su querer por cauces de caridad y de justicia. ¡Hermosa efigie de la más perfecta mentalidad que las salpicaduras de un delirio parcial apenas logran desmerecer, y aún trasmite su belleza al cieno mismo que la mancha!

Ese es D. Quijote. ¿Se concibe la existencia real de un loco semejante? ¿Hay verosimilitud en la descripción? ¿Los síntomas que presenta son síntomas de locura? ¿Personas del temple de Alonso Quijano pueden sufrir la paranoia filantrópica? En términos genéricos, los elementos frenopáticos que Cervantes finge en su novela son idénticos en esencia á los que el alienista observa todos los días; pero acaso por ignorancia, y con toda seguridad por exigencias del arte, esos elementos se hallan combinados de modo artificioso y desproporcionados en su relativo grandor.

Hay sólo la convencional verosimilitud que cumple á las grandes producciones del genio. D. Quijote es un loco hermoseado. Un D. Quijote de verdad no gustaría tanto; en sus tiempos de cordura no se hubiera llamado «el bueno», sino acaso «el malo, el quisquilloso, el huraño», y en toda ocasión se hubiera distinguido por su egoísmo y misantropía, porque los que han de padecer una paranoia primaria, y más si ésta es de la variedad filantrópica, son degenerados de muy escaso sentido moral, los cuales enloquecen con máscaras de hipocresía, que mal encubren su engreimiento y afán de notoriedad; en el trato íntimo sería repulsivo, cuanto más si se le viera por dentro como vemos á los personajes de las novelas; no sería un dechado de perfecciones intelectuales y éticas, sino algo menos

que una vulgaridad con escasos pináculos de mérito é inmensas lagunas de miseria mental.

Además, aunque es cierto que el pensamiento del monomaníaco claudica sólo cuando pisa los baches de su tema, y en esto Cervantes muéstrase felicísimo sobre toda ponderación, también lo es que á los monomaníacos de verdad apenas hay modo de sacarlos de esos baches. No desbarran sino pensando en sus dislates, mas no pueden pensar en otra cosa. Por ello, aunque locos parciales, son locos continuos. La fácil versatilidad de D. Quijote, el cual tan pronto cae en el abismo de sus quimeras como sale de él y abarca con vista de águila los horizontes inmensos de la razón serena, discurriendo, con tanto interés como acierto, sobre Historia, Filosofía, usos, costumbres. Literatura, Ciencia y Religión, es un resorte artísco de primer orden, que hace posibles las mayores bellezas de la obra, pero en modo alguno es trasunto fiel de la realidad clínica. El paranoico efectivo ó se calla y no escucha ó habla de su tema, y aun de su tema habla con su cuenta y, ya que no con su razón, con enojosa suspicacia y recelo, porque de sobra sabe que el ambiente le es hostil; y así, la expansiva franqueza de D. Quijote, delirante ó no, es una perla con que Cervantes reemplaza uno de los más feos lunares de los locos.

Si lo dicho no bastase, aun podría señalarse, como trazas de bastardía en la locura del ingenioso hidalgo: la frecuencia de ilusiones de todos los sentidos, con predominio de las de la vista, como si de una sencilla hiperfrenia ó de un delirio tóxico se tratara, cuando en la monomanía en cuestión son las alucinaciones auditivas el único error sensorial que suele sufrirse; la facilidad con que D. Quijote se deja engañar y conducir si se le da por la corriente con burdas imitaciones de sus deliquios, como pudiera hacerse con un demente paralítico; y por último, la rápida é

inesperada curación, feliz remate de una dolencia que acaba siempre al par de la vida. Mas ¿quién no advierte la fecundidad de tales inexactitudes, para el arte?

Todavía más lejos pudiera llevarse el análisis; pero ¿á qué insistir, si sobra con lo expuesto para probar que el libro inmortal de Cervantes tiene el mérito de sustituir con primores artísticos otros supuestos primeros clínicos que lo hubieran afeado grandemente?

Reconozcamos, pues, como médicos, que hay en la grandiosa fábula discreta verosimilitud, más no hundamos el escalpelo de la Ciencia en las encarnaciones de la fantasía, con la pretensión de hallar perfecciones que serían ociosas para el efecto estético: no valdría más que vale, la Venus de Milo, si se descubriera que tiene dentro un esfenoides, ni los cuadros de Rubens serían más estimados porque un químico reconociera en el color de aquellas desnudeces las rayas espectrales de la sangre.

Se me dirá que, aunque desfigurada y embellecida, Cervantes pintó con sus principales trazos la monomanía, cuando los autores médicos de su tiempo no la describían, siendo, por consiguiente, el descubridor de esa especie morbosa. No me convenzo. Podrá ser que aquellos médicos desconocieran los delirios parciales, aunque más me inclino á creer que los consideraran como síntomas, no como enfermedades; pero para el vulgo siempre han debido ser realidades evidentes. En el concepto vulgar, la locura es siempre sistematizada. Mucho antes de escribirse «El Quijote», ya se decía: «Cada loco con su tema». Los locos del arte tienden por fuerza á la sistematización. Ya Homero pinta monomaníacos, y muy parecido á uno de ellos es el Licenciado Vidriera del mismo Cervantes. El loco de la literatura créase para ridiculizar una idea, para defenderla ó exagerarla sin responsabilidad para el autor, para establecer una hipótesis inverosímil de otro modo y someterla

á fingida experiencia, para plantear una antítesis, para cualquier cosa, en suma, menos por el solo gusto de mostrar la completa ruina ó el absoluto desconcierto de la mente. Donde no queda algo de cordura, no hay personaje artístico. Un loco total en la novela ó en la escena sería una fuerza ciega que bien pudiera reemplazarse por un niño, un bruto ó un accidente inanimado.

Y ahora, ya que con adusto criterio científico he tenido que oponer reparos á elogios que por lo hiperbólicos son contrarios á las enseñanzas del libro mismo que los motiva, el cual bien pudiera definirse como la apología del buen sentido, quiero, en justa compensación, hacer ver que la Medicina mental absuelve de toda sospecha de inverosimilitud, y aun abona plenamente, una de las más originales y atrevidas bellezas de la sin par novela: me refiero á la credulidad de Sancho.

¡Notable tipo el del buen escudero! Yo no sé qué admirar más, si la grandeza de la concepción de D. Quijote, ó la habilidad en el modelado de Sancho, pero á todo supera la feliz correspondencia que guardan entre sí. Gigante, pero terso y sencillo el uno, como estatua de bruñido acero; grande también, pero deforme, tosco y enrevesado el otro, cual bloque de pedernal, movidos ambos por las hercúleas fuerzas del genio cervantino, despiden, en cuanto se tocan, regueros de inextinguible luz.

Sancho constituye casi la totalidad del ambiente social de D. Quijote; junto á aquél los demás personajes de la obra son fugaces accidentes que pudieran, cada uno, suprimirse sin modificar la esencia del relato. Para los efectos de la inadaptación al común sentir, que otra cosa no es la locura, la sociedad entera se halla condensada en Sancho. Lo que hacen las gentes con todos los locos es lo que hace con D. Quijote su escudero: él le contradice, él le impone el estigma de un apodo *(El de la Triste Figu-*

ra), él se le burla, él lo explota, lo compadece, le ayuda, lo engaña, lo contiene, lo azuza, le pega, y, lo que es más admirable, él asiente en parte á los desatinos de su extraño delirio.

Como que Sancho es miniatura del vulgo: ambos tienen sesudeces de Salomón con simplezas de cretino; ambos encierran el tesoro de su sabiduría en modismos y refranes; ambos son testarudos y socarrones; aunque tramposos á veces, uno y otro propenden al bien, y cuando, por chiripa ó por burla, se les entregan las riendas del gobierno ó la administración de justicia, ambos, con no bastardeado instinto de equidad, asombran con sus aciertos á los necios ó malvados que esperaban reirse ó aprovecharse del fracaso; ambos, en fin, entre desconfianzas y recelos, llevan su credulidad á límites de inconcebible candidez.

En punto á tragaderas, el juicio vulgar da quince y raya á la ballena de Jonás. Sancho está convencido de que don Quijote es un loco; pero lo cree caballero andante capaz de instaurarlo á él en el gobierno de una ínsula. Parece absurdo; pero ¡tantas cosas cree el vulgo contra experiencia y razón fascinado por el señuelo de halagadoras promesas! ¿Quién será el que en el fondo de sus opiniones no tenga agazapada, no digo ya una isla, sino la Polinesia entera? «Siembra tontos y recogerás accionistas», dice un adagio inglés. «Siembra esperanzas y recogerás creyentes» pudiera, expresando análogo concepto con más suavidad, extensión y exactitud, ser un adagio castellano, aunque no se halle en las alforjas del inmortal escudero. El asentimiento que éste otorga á los ensueños de su amo es más bien concupiscencia; lo prueban sus vacilaciones: mil veces duda, mil veces niega, mil veces lo da por hecho; porque las interrupciones son frecuentes cuando en el faro de la fe arde más el deseo que la convicción.

No, no me asombra la candidez de Sancho; bien es

verdad que acerca de la credulidad ajena la mía no tiene límites. Cuantos cultivan la especialidad frenopática saben que raro es el caso de delirio sistematizado que, poco ó mucho, no halle eco en su derredor. No hablo ya de los fundadores de sectas, de los políticos ultrahumanitarios, de los maravillistas, de los adivinos, de los iluminados, de todos esos presuntos descubridores que en realidad no sirvieron más que para descubrir muchos tontos, casos de los cuales pudierais dudar por ser la Historia quien los cuenta; me refiero al enfermo vulgar cuyo delirio no trasciende de la puerta de su casa ó del ventanillo de su celda, y que en su reducido ambiente halla siempre quien lo crea, si no en la totalidad de sus deliquios, en parte al menos. Cuando el enajenado comparece por primera vez ante el mentalista, conducido habilmente por algún Sansón Carrasco, no suele faltar en el acompañamiento un Sancho Panza que guiñe el ojo como previniendo al médico que no tome por locura cuanto se le dice, porque contra toda apariencia le asiste razón á aquel á quien se imputa haber perdido la suya; y en todo caso hacen los allegados del enfermo atenuaciones y distingos, verdaderas complicidades de lesa lógica con que se intenta aliviar la situación del acusado, ante el juicio del mentalista; siendo lo más extraño que esto no sucede sólo entre parientes y amigos, donde el afecto puede llevar hasta el sacrificio del sentido común, ocurre también á veces entre el personal subalterno de los manicomios acostumbrado á escuchar, como quien oye llover, los errores de los de dentro y las mentiras de los de fuera.

Todavía enseña más la clínica respecto á este punto, y me admira que los adoradores de Cervantes no lo hayan puesto en la cuenta de sus descubrimientos. Con el nombre de «locura de dos» se describen, desde el último tercio del siglo pasado, aquellos casos, harto frecuentes, que

pudieran llamarse también «delirios en comandita», en los que dos sujetos que viven en la intimidad participan simultáneamente de las mismas quimeras impuestas por uno de ellos, pero recíprocamente reforzadas por mutuo asentimiento. El primer extraviado, el fundador, por decirlo así, del delirio, tiene inteligencia poderosa ó carácter enérgico, elementos sugestivos, en suma, para trastornar al otro, de escasa cultura ó de voluntad endeble; y se ve á éste compartir con aquél inmotivados temores, falsos recuerdos, interpretaciones fantásticas, invenciones de los sentidos é impulsos mórbidos. ¿Cómo desconocer el parecido entre tales casos y la colaboración de D. Quijote y Sancho Panza en disparates caballerescos? Y se nota más la semejanza si se advierte que aquí como allí, el neófito, el sugestionado, reasume el dominio de sus facultades y la sana repugnancia por lo absurdo, tan pronto se aleja de su torcedor. Tres veces, en el transcurso de la obra, se aparta de su amo el escudero, y en las tres brota en su mollera el buen sentido á borbotones: cuando las embajadas á Dulcinea, comprendiendo la necedad del caso y decidiendo engañar como á un loco al enamorado paladín; y en el gobierno de la ínsula, abjurando de sus ardientes ensueños de grandeza, para estrechar ansioso entre sus brazos la tibia modesta realidad simbolizada en la noble cabeza del rucio.

Basta ya. La obra de Cervantes, por su vertiginosa grandeza, préstase á toda suerte de espejismos: según los gustos, unos verán allí Medicina, otros Filosofía, otros Jurisprudencia, pero no hay más que Arte; como en el cielo cada cual ve las constelaciones que le place, pero no hay más que estrellas. Ocurrencias tales sólo se dan en dos ocasiones: contemplando el firmamento y leyendo «El Quijote». *He dicho.*

Don Quijote y los Molinos

(ROMANCE)

Caminaba D. Quijote
con gran júbilo y contento
conversando alegremente
con su inocente escudero,
cuando unos treinta molinos
en medio del campo vieron
que las aspas meneaban
impulsadas por el viento.
No mas verlos D. Quijote
y dijo en ademán serio:
«La ventura va guiando
»las cosas cual las queremos
»¿No vès aquellos gigantes
»desaforados y fieros
»que aprisa mueven sus brazos
»de *legua* y *media lo menos*?
»Pues bien: á aquellos gigantes
»los he de dejar yo tuertos
»ó les quitaré la vida
»y haré que *después de muertos*

»perdón á mi Dulcinea
»le pidan con gran respeto.»
«—¿Qué gigantes?» dijo Sancho.
—Aquellos que hay allá lejos:»
le contestó D. Quijote,
mostrándole con el dedo
los molinos mencionados.
«¡Pardiez! señor caballero»
replicóle Sancho Panza,
«que yo gigantes no veo:
»lo que veo son molinos
»que impulsados por el viento
»mueven las aspas apriesa.»
«—Bien se vé, Sancho, que en esto
»de aventuras tú no entiendes,
»quédate, si tienes miedo.
»que en descomunal batalla
»voy á entrar ahora con ellos.»
Y sin esperarse más
ni escuchar á su escudero
que á grandes voces decía:
«¡Que son molinos de viento!»
espoleó á Rocinante
y se fué derecho á ellos,
con grandísimo coraje
y á grandes voces diciendo:
«No fullais, grandes cobardes,
»que es un solo caballero
»el que os presenta batalla;
y al paso que decía esto
un poco sopló la brisa
y las aspas se movieron
y al ver esto D. Quijote
dijo: «No me infundís miedo

»aunque movieseis mas brazos
»que él gran gigante Briaréo.»
»¡Ah fementida canalla!
»¡me las pagaréis muy presto!
»y ¡oh tú, fermosa señora!
»socorre á tu caballero
»que por halagarte á tí
»se ha metido en este aprieto.»
Puesta la lanza en el ristre
y con la adarga cubierto
una lanzada en una aspa
le dió al molino primero.
Sopló el aire con gran fuerza
y nuestro buen caballero
fué lanzado en el espacio
por el poderoso viento,
cayendo á la *media hora*
paulatinamente al suelo
con muchos más *cardenales*
que hay en un *cónclave entero*.
A socorrerle fué Sancho
y dijo «¡Válame el cielo!
»¿No le dije yo, señor,
»que eran molinos de viento,
»y en verdad que equivocarlos
»no puede quien esté cuerdo
»sino lleva en la cabeza
»otros tantos como esos?»
«—Calla, dijo D. Quijote,
»que tú no entiendes en esto.
»Lo que ha sucedido aquí
»ha sido que el sabio Fréston
»el que me robó los libros
»y también el aposento,

»ha transformado en molinos
»esos gigantes tremendos:
»mas la bondad de mi espada
»muy pronto vengará esto.
«—¡Dios lo haga!» repuso Sancho.
Como pudieron, subieron
á sus dos cabalgaduras
y se fueron discutiendo.
Pero si bien nos fijamos
en este ingenioso cuento
veremos que en él Cervantes
quiere dar este consejo:
Que no son los poderosos
los que más conocimiento
tienen, porque los humildes
á veces son los más cuerdos.

Francisco Ruvira Giménez
Alumno del Instituto General y Técnico

INFLUENCIA QUE EJERCIÓ LA VIDA DE CERVANTES EN SUS OBRAS

POR EL

DR. D. JOSÉ M.ª ZUMALACARREGUI Y PRAT

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE DERECHO

Excmo. Señor:

Señoras:

Señores:

Toda obra literaria es producto de un hombre. Afirmación es esta que, de puro evidente, puede parecer excusada y de ningún valor, y, sin embargo, si no el descubrimiento de esta verdad, que no cabe descubrir lo que á todos está tan patente, por lo menos su aplicación ha impuesto á la crítica rumbos y orientaciones muy diferentes de los antiguos, hasta tal punto, que, fuera del nombre, nada hay de común entre la contemporánea y la de hace cien años.

La biografía de los escritores no es ya un apéndice molesto é inútil al estudio de sus obras, un enojoso relato de fechas que se leen sin interés y se olvidan al momento, una compilación de datos puramente externos y materiales estudiados tan solo como punto de erudición y que por lo tanto no se relacionan en nada con el criterio estético por el que aquellos se juzgan como lo era antes. Hoy, merced á la aplicación del método histórico al estudio de la literatura que tan hondos cambios ha introducido en los ideales estéticos, la biografía es parte integrante, esencialísima en todo estudio crítico, porque la vida de un es-

critor explica, en gran parte cuando menos, en absoluto muchas veces, su psicología, como ésta explica su obra. En este homenaje que hoy dedica la Universidad de Valencia al «Manco sano, al famoso todo, al escritor alegre, y, finalmente, al regocijo de las musas», tócame, no estudiar con pretensiones de erudición su vida, que esto, sobre impedirlo el tiempo de que dispongo, y sobre ser eminentemente impropio de un acto de esta naturaleza, resultaría imposible porque la materia está ya agotada por investigadores meritísimos, sino esbozar al vuelo en rapidísimo bosquejo un tema que, tratado por quien tuviese en la medida indispensable las condiciones que á mi por completo me faltan, podría resultar interesantísimo: *la influencia de la vida de Cervantes en sus obras, como estas pueden explicarse por aquella.*

Prescindamos en absoluto del Cervantes poeta lírico, más que mediano malo, y del Cervantes poeta dramático que, á no ser por algunos chispazos de genio perdidos en el laberinto de sus tragedias y comedias, no llegaría ni siquiera á mediocre, y fijémonos exclusivamente en Cervantes el novelista, el grande, el glorioso, el incomparable. ¿Quién diría jamás, juzgando por la primera impresión producida por la lectura de sus obras, que la misma pluma hubiera podido escribir *Rinconete y Cortadillo* y *La Galatea*, *El diálogo de los perros* ó *La tía fingida* y *Los trabajos de Persiles y Segismunda*? Trátese de explicar este verdadero fenómeno literario sin recurrir al auxilio que prestan la biografía de Cervantes y el estudio de su época, es decir, sin apelar al método histórico, y jamás se le encontrará solución satisfactoria. En cambio, á su luz ¡qué lógica, qué sencilla, qué evidente es esa explicación! Toda una formación intelectual, producto de una época entera literaria, explica *La Galatea* y el *Persiles*; toda una formación psicológica total, resultado de una vida

agitada, azarosa, aventurera, spécimen exactísimo de la de un hidalgo pobre español del siglo XVI, da la clave de *Las novelas ejemplares:* la integración de ambas en la madurez del genio engendra *El Quijote.* Si alguna obra literaria es propia, personalísima, inconfundible de un escritor es la de Cervantes: si algún escritor es resumen y síntesis acabadísimos, perfectos, de su tiempo y de su raza lo es Cervantes. La España del siglo XVI escribió con la única mano del «Manco sano» del glorioso inválido de Lepanto. su semblanza más exacta, de más firme dibujo, de colorido más rico, de tonos más calientes, en *Las novelas ejemplares* y en el *Quijote* colaboró con el Genio, y, cuando este se lo permitió, y fué por cierto muchas veces, al lado de las creaciones, de las escenas, de los tipos humanos, universales, de siempre, trazó cuadros deliciosos de intensísimo color local, y aun esos tipos universales y humanos los españolizó. Don Quijote y Sancho son de siempre y de todas partes, son eternos y mundiales, como ahora diríamos, pero, sin dejar de serlo, son españoles de su tiempo. No era necesario que hablasen aquel castellano de castizo sabor, de incomparable ternura, de admirable flexibilidad, tan clásicamente español con todas sus incorrecciones y todos sus italianismos para que les reconociésemos como compatriotas; de aquellas páginas inmortales, en que se cuentan para regocijo y solaz espiritual de los hombres de todos los tiempos y de todos los países mientras el mundo exista, sus aventuras y desventuras, se escapa una aroma penetrante, vivísimo, que es el aroma de nuestra tierra de España: su patria grande es el mundo, pero tienen una patria chica y esa patria chica es la patria de Cervantes. Para comprender como un mismo ingenio pudo producir obras tan distintas como *La Galatea*, *Persiles y Segismunda*, *El Quijote* y *Las novelas ejemplares*, tan diferentes á su vez entre sí, es preciso

acudir á la biografía. La peregrina *hoja de méritos y servicios* del Príncipe de los ingenios españoles explica perfectamente la variedad de su producción literaria.

Documentos indubitables prueban que el domingo 9 de Octubre de 1547 fué bautizado en la parroquia de Santa María la Mayor, de Alcalá de Henares, Miguel de Cervantes, hijo segundo de un médico de familia hidalga, pero pobre, Rodrigo de Cervantes, y de Leonor de Cortina, su mujer. Nada fijo se sabe de su niñez y no ha sido hasta ahora posible comprobar si estudió ó no en la Universidad de Salamanca ó en la misma de Alcalá, pero es lo cierto que no recibió grados. Fué probablemente auxiliar y seguramente alumno de la Escuela de Bellas Letras que en Madrid tenía Juan López de Hoyos, y como tal, publicó las primeras obras poéticas suyas que se conocen, en ocasión de la muerte de Isabel de Valois, tercera esposa de Felipe II. Sospéchase que fuese él, el Miguel de Cervantes contra quien se firmó un auto de prisión en 1569 por haber herido á un alguacil ó ministro de justicia, pero no está probado. Lo cierto es que como camarero del Legado Acquaviva marchó á Roma en Diciembre de 1568. En 1570 se alistó como soldado y al año siguiente se batía con heroismo en Lepanto á pesar de encontrarse enfermo en cama al empezar el combate, y era herido dos veces en el pecho, perdiendo además la mano izquierda, no obstante lo cual, asistió también á las batallas de Navarino, Corfú, Túnez y la Goleta, acreditando en todas su valor. Volviendo á España desde Nápoles el 26 de Septiembre de 1575, fué atacada y tomada la galera en que venía, después de defenderse con valor, por corsarios berberiscos, y Cervantes, como todos sus compañeros, conducido, como cautivo, á Argel. Cinco años permaneció en esta situación, tratando constantemente de fugarse y de organizar un levantamiento general de los cautivos cristianos, sin poder conseguir lo uno

ni lo otro á pesar de su valor, y viendo agravarse su situación á consecuencia de esas tentativas, lo que no le impidió escribir por entonces varias comedias, hasta que en 1580 fué rescatado por los P. P. Redentoristas. No se ha podido averiguar si vivió ó no en Portugal y las Azores, y parece probable que ejerció en Orán un cargo administrativo, pero lo cierto es que en 1582 le vemos establecido ya en España definitivamente. En 1584 contrajo matrimonio con D.ª Catalina Palacios Salazar, y ya desde entonces aparece consagrado constantemente á la literatura, por más que, como esta no le diera los medios necesarios para vivir, hubo de dedicarse á ocupaciones de otro orden muy distinto. En 1588 era Diputado proveedor de la Armada Invencible en Sevilla, en 1594 recaudador de contribuciones en Granada, en 1597 vivía de nuevo en Sevilla y allí fué preso por haber confiado fondos del Gobierno á un tal Simón Vruse de Lirna que se fugó con el depósito. Puesto en libertad al probarse su inocencia, fué sin embargo expulsado del ramo de Hacienda, que aun en 1603 persistía en querer cobrar aquellas liquidaciones pendientes, para lo cual le obligó á presentarse en Valladolid, aunque nada pudo conseguir porque Cervantes estaba completamente arruinado. Nada hay tampoco averiguado sobre si ejerció cargos análogos en la Mancha, y si escribió en efecto la primera parte del *Quijote* estando en la cárcel de Argamasilla de Alba, pero en apoyo de las frases del prólogo que así lo dan á entender, está la tradición desde época muy próxima á la suya. Viviendo en Valladolid fué de nuevo encarcelado á causa de la muerte de Gaspar de Ezpeleta, pero fué absuelto por haberse probado su completa inocencia. Más tarde trasladó su residencia á Madrid, y allí, tras un corto é infructuoso viaje á Esquivias, patria de su mujer, con intención de reponer su salud, murió el día 23 de Abril de 1616.

A la luz de estos datos ¡que bien se explica toda la obra literaria de Cervantes! Yo no sé si los técnicos de la literatura aceptarían esta clasificación, pero yo divido á los escritores en dos grandes grupos: el de los que viven exclusivamente en un ambiente de libros, y si se inspiran en la naturaleza y la imitan, porque esto es condición indispensable en toda obra artística, es en una naturaleza tomada de segunda mano, copiada no directamente, sino de otros cuadros, vista á traves de la inteligencia y de la sensibilidad de otro escritor; y el de los que viven en una atmósfera de realidad, se empapan en la naturaleza, acumulan en su alma el calor del sol, la complicada sensación óptica de las lejanías del paisaje, la impresión brusca ó suave del viento, el rumor de las conversaciones, los pedazos de almas de otros hombres arrancados en el trato íntimo que encubre la observación profunda y sagaz y que incorporan y asimilan á la suya, y que luego no escriben, sino que arrojan sobre el papel luz, calor, vida, almas, verdad, que no describen un mundo, sino que lo crean con los riquísimos materiales que la realidad les ofrece. A mi juicio, la causa más poderosa de aquella jamás superada grandeza de nuestra literatura del siglo de oro, es precisamente la gran preponderancia de los escritores del segundo tipo sobre los del primero en aquella España exhuberante y pródiga de la vida. No son los grandes nombres los de aquellos que formados en los últimos restos del escolasticismos ó en las doctrinas neoplatónicas del Renacimiento se pasan la vida encerrados en su biblioteca alambicando hasta lo infinito un escolio de un comentario de Aristóteles, de Santo Tomás ó de Platón, ni los de aquellos idólatras de la forma clásica para quienes el mundo termina con el siglo de Augusto y cuya única preocupación es imitar servilmente, en completa abdicación de su propia personalidad á los grandes maestros griegos y latinos: sus

obras son exclusivamente de época, pasó el clacisismo y quedaron olvidadas para siempre. Aquellas en cambio que no morirán jamás, porque, aparte de su colorido local y de su sabor de tiempo, hay en ellas verdaderos caracteres humanos, hombres de carne y hueso, pasiones que son nuestras pasiones, angustias, luchas, dolores y alegrías que son los nuestros, los que todos sentimos, ambiente, aire, luz, vida y vida intensísima, son las que escribieron aquellos hombres que jamás tuvieron la literatura por profesión, sino por ejercicio delicioso del espíritu, que escribían como canta el pájaro, no por un acto reflexivo y querido, sino por instinto, porque les rebosaban en el alma pensamientos y sentimientos en su exhuberancia de vida espiritual y necesitaban descargar su peso vertiéndolos en el papel, no escribiendo para el público, sino para sí mismos, haciendo algo así como monólogos ó memorias, contemplando su propia alma en sus obras como en un espejo. Así escriben nuestros ascéticos y nuestros místicos, sugestionados, más que por las opiniones de los teólogos, por la riquísima observación recogida en el mejor laboratorio psicológico que se conoce, el confesonario, bajo la impresión reciente de la confesión del pecador licencioso y disoluto, especie de síntesis del vicio y de la corrupción, y la de la monja que extremando sus escrúpulos y los refinamientos de la vida interior aspira á la santidad; así escriben nuestros diplomáticos, inquietos, nerviosos, preocupados al terminar una conferencia con el Papa ó con el Rey de Francia de la que acaso salga la paz ó la guerra, el predominio definitivo de España ó el principio de su decadencia; así escriben nuestros aventureros y soldados, bajo la tienda de campaña, cuando aún vibra en el aire el estruendo de la arcabucería y se perciben entre las sombras los lamentos de los heridos no retirados aún después de la batalla, ó sentados en la crujía de la galera, con el papel

sobre las rodillas, oyendo rechinar la cadena de los galeotes y batir tristemente acompasados los remos el agua, apresurándose á terminar la página para tirar la pluma y empuñar la espada ó el arcabuz y lanzarse al abordaje que se prepara. Así se escribieron obras incomparables de nuestra literatura que gozan de vida inmortal porque son la vida misma. Pues á esta clase de escritores, su vida lo demuestra evidentemente, perteneció Cervantes. Multiplicad esta suma de grandezas que acabo de esbozar de todos los de su tipo por el coeficiente del genio, y tendréis explicada la suya inmortal.

Os hablé al principio de la formación intelectual de Cervantes, como causa de algunas de sus obras, de su formación total, como la de otras, y de la integración de ambas, como la explicación del *Quijote*, y ahora veréis que no fueron caprichosas esas afirmaciones. Cervantes, lector infatigable, alcanzó desde muy joven una cultura literaria muy extensa, pero, naturalmente, cultura de su tiempo, y por eso, en aquellas de sus obras en que escribe *á la moda*, se ajusta al patrón de su época. Florecía entonces en todo su esplendor la novela pastoril, y á ella se consagró escribiendo su *Galatea* que fué precisamente su primera obra en prosa. Afortunadamente *La Galatea* no gustó y á este fracaso debemos quizás el *Quijote* y *Las novelas ejemplares* que sin él es probable que no se hubiesen escrito jamás: si la primera parte de *La Galatea*, única que llegó á publicarse, hubiera gustado, Cervantes que estaba enamorado de ella hasta el punto de alabarla y salvarla de la quema en el escrutinio de la librería de D. Quijote prometiendo con esta ocasión la segunda, promesa que repitió en la dedicatoria de sus comedias, en el prólogo de la segunda parte del *Quijote*, y hasta en la carta dedicatoria del *Persiles y Segismunda* escrita al día siguiente de recibir la Extremaunción y cuatro antes

de morir, se hubiese dedicado por completo á ese género falso, convencional, puramente de época, y jamás hubiera escrito la inmortal historia de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Los escritores son ordinariamente los peores críticos de sus propias obras, y Cervantes, quizás por un exceso de modestia que le impedía ver sus propios é incomparables méritos en el género que creaba, mientras le abultaba los harto menores de aquellos á quienes se proponía imitar, tuvo siempre tan equivocado criterio, que es evidente que prefería estas producciones artificiales, de copia, á las suyas directas, expontáneas, riquísimas de observación y de creación: en la dedicatoria de la segunda parte del *Quijote*, al prometer el libro de *Persiles y Segismunda*, que cierra su vida de novelista como *La Galatea* la abre, dice que «ha de ser, ó el más malo, ó el mejor que en nuestra lengua se haya compuesto (quiero decir de los de entretenimiento,) y digo que me arrepiento de haber dicho el más malo, porque, según la opinión de mis amigos, ha de llegar al extremo de bondad posible.» El *Persiles*, imitación también, y de algo más remoto y más muerto que el género copiado en *La Galatea*, de las *Ethiópicas de Heliodoro*, obra falsa, lánguida, aburrida, y sin interés, tiene los mismos defectos que su modelo, y, á pesar de su maravilloso é insuperable lenguaje, y del halagüeño juicio que mereció á su autor, jamás ha logrado entusiasmar á nadie más que á los críticos de fines del siglo XVIII, cuyas alabanzas no son por cierto garantía del mérito de una obra, sino todo lo contrario. En el *Persiles*, como en *La Galatea*, Cervantes escribía cultivando el género de moda, influído por su formación intelectual que contrariaba precisamente en absoluto su genio y sus dotes: por eso ninguno de los dos le hubiera merecido el título de Príncipe de los ingenios.

En cambio en *Las novelas ejemplares* ¡cuánto acierto

y cuánta belleza! Cervantes estaba allí en su elemento, escribía como si nadie lo hubiera hecho antes, como si no existiesen libros en el mundo, copiaba, no á otros escritores, sino á la naturaleza, y con los elementos que ésta le daba pródiga, creaba un mundo entero de belleza tan real como el externo. Su vida entera está en ellas. Sus viajes, sus navegaciones, sus combates, en *El amante liberal*, en *La española inglesa*, en *La señora Cornelia*: su conocimiento admirable del hampa y de las costumbres de las clases sociales inferiores, adquirido en sus correrías de recaudador de contribuciones por ventas y caminos, en *La Gitanilla*, en *La ilustre fregona*, y, sobre todo, en esa incomparable joya artística que se llama *Rinconete y Cortadillo*: sus recuerdos de Andalucía y especialmente de Sevilla en esa misma novela, en *El celoso extremeño*, en *Las dos doncellas* y en *El diálogo de los perros*: las costumbres de Valladolid, cuando estaba allí la Corte, en *El licenciado Vidriera* y en *El casamiento engañoso*: su portentoso estudio de ciertas gentes y ciertos tipos en *La tía fingida*, que para mí es indicio más vehemente de que Cervantes estudiase quizás en Salamanca que cuantos papeles apolillados pueden exhumar los eruditos. En esas obras está la vida entera de España en aquel tiempo, por ellas destilan todos los tipos y todos los caracteres, aquello no es un cuadro, es un milagro que al cabo de trescientos años nos hace vivir en cuerpo y alma en pleno siglo XVI. Cervantes no escribió, tuvo un poder sobrenatural reservado al genio, detuvo la vida, la arrancó trozos enteros, y desgajándolos del tiempo y del espacio los trasmitió á la posteridad, conservando esa vida entera que, gracias él, es inmortal. En ellas está toda la suya, con ellas se reconstituye su biografía, compuestas durante un lapso larguísimo de tiempo, cada una en momento muy distinto, está en ellas su existencia entera, son la cristalización en la vida

artística de la vida interna y externa de un genio y de un genio soberano, el producto como os decía antes de su formación entera psicológica.

En su plena madurez, ese genio, cuando ya tenía escritas la mayor parte de *Las novelas ejemplares*, escribió el *Quijote*, la obra maestra de nuestra literatura. Fué la síntesis de todo su carácter definitivamente formado, la obra colosal del genio en que se fundieron esas dos formaciones de que os vengo hablando. Cervantes conocía á fondo la literatura caballeresca y la que sin serlo en absoluto, tenía con ella grandes puntos de contacto, pero su conocimiento profundo de la realidad y de la vida y ese excepticismo burlón, con dejos de tristeza, ingénito en el alma española y desarrollado en él hasta su más alto grado por el choque de tanto infortunio y tanta decepción, ese humorismo que ríe ocultando en la carcajada la amargura de las lágrimas, sorbidas para disimularlas, le hicieron ver su rídiculo y concebir la idea gigantesca del *Quijote*, creación incomparable del arte. Se necesitaba una asimilación portentosa del espíritu de la literatura caballeresca para poder reconstituir el tipo del caballero andante, cuando el ambiente social que lo produjo había cambiado radicalmente: era indispensable conocer su país y su tiempo en visión precisa y luminosa de la realidad, para crear la atmósfera en que D. Quijote había de vivir y moverse, la que, á fuerza de realismo, había de hacer resaltar lo inverosímil, lo absurdo, lo ridículo de la caballería andante en el siglo XVII y en un país civilizado, era preciso haber rodado por ventas y mesones, por campos y encrucijadas, haber sido soldado, cautivo y recaudador de contribuciones y haber sufrido todas las humanas injusticias para haber llegado hasta el fondo de las grandes iniquidades y de todas las pequeñas y ridículas miserias humanas. La vida externa y la vida interna espiritual de Cervantes explican el *Qui-*

jote: nadie, jamás, tuvo ni condiciones, ni materiales parecidos; por eso algunos, muy pocos, escribieron obras inmortales, pero nadie concibió jamás nada parecido al *Ingenioso hidalgo.* ¡Eran indispensables materiales que rarísima vez se encuentran reunidos, y que, aun estándolo, necesitan para fundirse una temperatura tan elevada que sólo la llama del genio puede producirla!

Señores: España y el mundo entero celebran hoy la publicación de un libro escrito por un hombre que decía de sí mismo «que era más versado en desdichas que en versos» y para quien en vida no hubo más que abandono, miseria, olvido y hasta persecuciones. Si la gloria llegó para él harto tarde, compensemos por lo menos esta tardanza haciendo este homenaje tan grande, tan sentido, tan expontáneo y tan unánime, que honremos con él, no á Cervantes, esto no cabe, su gloria no está en nuestras coronas, sino en las páginas del *Quijote*, en aquella corona inmarcesible de bellezas inmortales que el mismo tejió con su pluma, sino á nosotros mismos, y se honre España rindiendo el tributo de su admiración y de su entusiasmo ferviente á los pies de un hijo suyo predilecto que le dió su sangre por defenderla y el fruto más grande del ingenio humano, para que un libro escrito en español sea el único que con la Biblia haya merecido ser traducido á todas las lenguas y en todas ellas alabado, como obra maravillosa de un genio que es universal, pero el más español de todos los españoles.—*He dicho.*

¡Viva Cervantes!

¡Cervantes!... Admiración,
Delicia de todo el mundo,
Jardín hermoso y fecundo
De la regia inspiración.

¡Cervantes! Bendito azote
De lo absurdo é inmoral,
Con su leyenda inmortal,
Con su hidalgo Don Quijote.

¡Cervantes! Gaula que abruma
Y vence en combates fieros
A los andantes guerreros
Con el lanzón de su pluma.

¡Cervantes! el pedernal
Que chispas da de arrebato
Al poeta, al literato.
Su nombre es un ideal.

¡Cervantes! el temerario
De Lepanto en la pelea,
El que ansiando gloria, crea
Un Lepanto literario.

—

¡Gloria! ¡Honor! ¡Oh! Delirantes
Y ante su ingenio pasmados
Gritemos regocijados:
¡Gloria! ¡Honor! ¡Viva Cervantes!

José M.ª Selva y Mergelina.
Alumno de la Universidad.

HOMENAJE A CERVANTES

POR EL

DR. D. ANGEL BERENGUER
Y BALLESTER

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE CIENCIAS

Excmo. Señor:

Señoras:

Señores:

Aunque mandato superior no lo hubiera dispuesto, la Universidad Valenciana celebraría este solemne acto, pues deber ineludible de los centros de cultura, es honrar á los grandes hombres: á esos hombres, que de algún modo conducen á la humanidad por el glorioso camino del progreso; á esos hombres, cuyo previlegiado entendimiento, descubriendo el concierto harmónico del mundo, aproximan nuestra inteligencia á la verdad infinita; á esos hombres, en fin, cuyo espíritu atesora sinnúmero de filigranas y bellezas, que sembradas con labor incesante, tarde ó temprano fructifican haciendo brotar de estériles terruños doradas mieses, que por luengos siglos perduran. Y el eximio creador del inmortal Quijote, es uno de esos hombres.

Prestadme benévola atención unos minutos é intentaré probaros este aserto.



El genio, don de los espíritus superiores, que, cual rayo

6

de vivísima luz, anima cuanto toca, descubre al penetrar en el obscuro seno de la naturaleza, seres, hechos y leyes, que le sirven para manifestarse. Al revelarnos sus descubrimientos, hermosea lo hermoso, vigoriza lo enérgico, sublima lo terrible y excitando las afecciones delicadas, eleva el alma de quien la obra contempla á concepciones puras. Observad, estudiad la producción del genio y sea de ciencia ó arte encontraréis belleza, novedad y perfecto conjunto. La hipótesis que al sabio á sugerido una serie de hechos, y por la cual se explican; la estatua, el poema, el cuadro, trasunto fiel del ideal invisible, que el eminente artista allá en su fantasía acariciaba, á nada real se igualan. Tales obras son grandiosas creaciones.

Examinemos ahora, siquiera la silueta del Hidalgo manchego y ella nos dará fe del poderoso genio de Cervantes.

Alonso de Quijano, amante de lo justo y de lo bueno, llena su mente con las extrañas invenciones de romances caballerescos, prolongadas vigilias de continua lectura enflaquecen su juicio, fijando en él la idea de salir por los campos á deshacer entuertos. D. Quijote, surge naturalmente. (1)

Ya caballero andante, despreciando las inclemencias del cielo y desafiando los rigores de la tierra, acomete la empresa de administrar justicia con su espada. Proteger débiles, castigar malvados, libertar oprimidos, abatir opresores, ponerse en lucha con la sociedad sin esperanza de recompensa, tal es su programa. Devorado por el celo del honor y exaltado por la sed de la equidad, se lanza en aventuras, que aunque vanas quimeras de una razón en-

---

(1) Para todo cuanto se refiere á las figuras del «Quijote» en este homenaje al Príncipe de los ingenios, nos hemos servido de las siguientes obras: Cervantes «El Ingenioso Hidalgo D. Quijote»—Edición de Gaspar y Roig; 1865.—Paul de S. Victor «Hombres y Dioses», cap. XIX «D. Quijote».—Platón. «Frases célebres».

ferma, no amenguan su valor. Si desaforados gigantes hubieran sido los molinos de viento, si numerosos ejércitos hubiesen sido los rebaños de ovejas, con la misma intrepidez acometiera á impulsos de las grandes virtudes que su espíritu encierra. Los actos resultarán ridículos; pero el heroismo es sublime.

Su amor corre parejas con su heroismo. Dulcinea, es una princesa ideal, que D. Quijote saca por operación delicada del espíritu, como Zeus combinando las facciones más bellas de escogidas jóvenes atenienses, formó la imagen de la diosa Venus. Él ignora si existe la señora de sus pensamientos; pero la imagina cual conviene, y así se la describe á la duquesa: «Dios sabe, dice, si hay Dulcinea ó no en el mundo, ó si es fantástica ó no es fantástica; y estas no son de las cosas cuya averiguación se ha de llevar hasta el cabo. Ni yo engendré ni di á luz á mi señora, pero la contemplo como conviene que sea una dama que contenga en sí las partes que puedan hacerla famosa en todas las del mundo, como son: hermosa sin tacha, grave sin soberbia, amorosa con honestidad, agradecida por cortés, cortés por bien criada y finalmente, alta por linaje á causa de que sobre la buena sangre resplandece y campea la hermosura con más grados de perfección que en las hermosas humildemente nacidas». ¡A este tipo de incomparable belleza, solo puede corresponder un amor como el de D. Quijote, tierno, desinteresado, infinito!

El caballero manchego, bajo las apariencias de loco, oculta un alma de héroe dotada de sentimientos delicados; el extravío de su razón, abrillanta y acrisola las cualidades morales que posee; sus nobles y constantes ilusiones, remontan su grotesca figura en alas de la victoria, produciendo admiración é hilaridad á la vez. ¡La creación de Cervantes es inefablemente hermosa!

El sentencioso escudero y la rústica aldeana, que para

D. Quijote es célica belleza, son como deben ser, pues no de otra manera, podrían acompañar al caballero de la Triste Figura, en su continuo y loco desvarío. Los demas personajes, completan perfectamente el seductor conjunto de obra tan magistral.

He dicho magistral y me equivoco, pues como las inspiradas por divino soplo, nos hace concebir á la verdad infinita. Porque en la obra del venerable Manco de Lepanto, no solo son de admirar los caracteres y su combinación, sino también lo puro y cadencioso del lenguaje, con que está expuesta la nutrida doctrina que contiene; doctrina de la cual, os diré dos palabras y concluyo.

Cervantes, verdad es que, como dice Castro, no fué poeta ni músico, médico ni teólogo, geógrafo ni filósofo; pero su libro debe ser meditado por todo hombre de ciencia, y aún por quien no lo sea, pues en él se formulan juicios muy admirables de escritores y artistas, de jueces y de vagos, pastores é industriales, tratando á más de educación moral con un alto concepto.

La obra del gran Cervantes, es precioso dechado de perfecciones literarias, en el que hay á granel trascendentes sentencias y frases de sentido profundo, constituyendo así inestimable joya esmaltada de verdades eternas.

Sintetizando en fin. *El Quijote*. es un libro de siempre y para todos. *El Quijote*, es un timbre de gloria nacional.

¡Gloria, pues, al inmortal Cervantes!

¡Gloria á España!—*He dicho.*

DON QUIJOTE Y SANCHO ¿SON VERDADEROS CARACTERES HUMANOS?

POR EL

DR. D. PEDRO MARÍA LÒPEZ Y MARTÍNEZ

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Excmo. Señor:

Señoras:

Señores:

Uno de los elementos mas importantes de las obras artísticas, llamadas novelas, son los personajes que realizan la acción constitutiva de la forma conceptiva, en la que moldea el artista su concepción caleológica. He aquí por qué, si la novela ha de ser interesante y conmovedora, precisa, ante todo, que en ella estén representados fiel y bellamente sus personajes, hasta el punto de que sean verdaderos caracteres humanos, pues la acción exterior, la trama de los sucesos, es relativamente secundaria, si se la compara con la acción interior, con el íntimo drama que se desenvuelve en lo recóndito de la conciencia. Cierto que la novela no es puramente subjetiva ni, por consiguiente, debe reducirse á la manifestación externa del estudio frío y reflexivo del yo de cada una de las personas que en ella figuren; mas no es menos cierto, que lo que verdaderamente despierta el interés y causa la emoción en los lectores, son las pasiones y sentimientos íntimos de la vida humana, cuya oposición y conflicto constituye propiamente la acción novelesca.

Ahora bien; la creación de personajes, que reunan la condición de ser verdaderos caracteres humanos, es el grado supremo de la perfección á que aspira el artista, tanto en la novela, como en la poesía dramática, porque, en realidad, ésta es la mayor dificultad que se presenta al novelista y al dramaturgo en los miles de obstáculos que tienen que vencer para llevar á feliz término sus obras. En efecto, es un intento atrevido al que se lanza el artista cuando pretende con solas sus débiles fuerzas, reproducir con verdad é idealidad los caracteres humanos y llevar á la contemplación del público los silenciosos dramas de la vida de la conciencia humana, que la madre Naturaleza puso tan recónditos; por eso notaréis que sólo los grandes genios, á cuyo poder cognoscitivo no se oculta ni lo más mínimo del ser, han conseguido crear personajes que merezcan el nombre de verdaderos caracteres humanos, y, por esa razón habréis notado también, que esta condición resplandece únicamente en las obras que han alcanzado la inmortalidad.

Dos personajes llevan principalmente á cabo la serie de hechos que constituyen la enjundia de la acción de la novela titulada *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, cuyo tercer centenario conmemora hoy el Claustro de la Universidad valentina, honrando así la memoria de Miguel de Cervantes Saavedra, el más grande de los ingenios españoles y el más humano de los ingenios; estos son: D. Quijote de la Mancha y Sancho Panza. La natural pregunta que en este punto del razonamiento surge en mi pensamiento, es esta: *D. Quijote y Sancho ¿son verdaderos caracteres humanos?* Y he aquí, señores, la tesis que con vuestra venia intento desarrollar en los breves momentos que la cortesía más elemental me permite molestar vuestra atención.

La condición capital para que el personaje sea un

carácter humano es que sea á la vez general é individual, ó lo que es lo mismo, que sea juntamente un tipo ideal en el cual se concentren y unifiquen varias cualidades reales existentes en muchos individuos, en tal modo y manera, que resulte la acabada personificación de un aspecto de la vida de la humana naturaleza, y una fisonomía tan acentuada que con ninguna otra se confunda; porque á poco que nos fijemos en cada vida humana, en ella encontraremos, no sólo lo diferencial del individuo, sino también aquello que le es común con la especie. Más brevemente: el grado supremo de la perfección en la creación de los personajes de las obras de artificio exige que éstos revelen el sello de la esencia de la vida humana, si es que han de hablar á todos los hombres, en todo tiempo, en todo lugar y en cualquiera que sea el idioma que la humanidad emplee para manifestar su pensamiento.

Don Quijote y Sancho son dos personajes típicos en los que se reunen, concentran y acumulan bellamente las cualidades humanas comunes á diferentes hombres de ayer, hoy y mañana, y, á la vez, tienen tal fisonomía, tal individualidad, que no se confunden con ningún otro personaje. En ellos se revela lo específico y lo individual con tal fuerza, que son: generales y originales, exclusivos y no raros ó monstruosos, dentro de la especie humana.

Don Quijote es el tipo en quien se personifica de una manera acabada el aspecto ideal de la naturaleza de la vida humana, pues en él se reunen, concurren y armonizan bellamente las cualidades del casto en los pensamientos, del honesto en las palabras, del liberal en las obras, del valiente en los hechos, del sufrido en los trabajos, del caritativo con los menesterosos, del mantenedor de la verdad y del sostenedor de la palabra de caballero hasta dar la vida: en él se da el horror á la mentira, engaño y falsa hipocresía: en él hay odio para la injusticia, vicio, grosera gula y

torpe lujuria; por eso, despreciando la regalada ociosidad, se apresta á la defensa de las doncellas, al amparo de las viudas cuitadas, al socorro de los huérfanos y menesterosos y se lanza á la lucha sin celadas, para desfacer todo entuerto y enderezar todo torcido que acaezca á los indefensos; él ama las armas y la andante caballería, porque son para él los únicos medios de conseguir aquellos bienes; ama la poesía, porque es la hermosura misma á quien visten las demás artes, como doncellas; ama á la mujer platónicamente, porque tiene tal idea de ella, que la compara con la misma belleza; sueña en el mañana; le sugestiona la realidad del infinito absoluto; y en todo momento suspira por lo grande, escogido, delicado, puro y noble de la vida del espíritu. Este conjunto de cualidades se armoniza y unifica en D. Quijote en tal manera, que no solo constituye un tipo común ā muchos, sino también un carácter ***sui generis*** con fisonomía propia, hasta el punto de hacerle aparecer original, único é inconfundible con los de su especie ó personajes representantes del aspecto de la vida de que él es fiel retrato.

D. Quijote es, pues, un carácter humano, magistralmente creado y bellamente revelado por sus pensamientos y hechos. Mas como en la vida real de la humanidad no estamos acostumbrados á encontrar á cada paso individuos en los que se manifiesten tan armónicamente concertadas todas y cada una de las cualidades que caracterizan cualquiera de los dos aspectos de la vida, el ideal ó el positivo, de ahí que el Ingenioso Hidalgo nos parezca cuerdo cuando habla y ejecuta los hechos manifestando una de las varias cualidades del espíritu que constituyen su fisonomía, pues entonces habla y ejecuta con la discreción y comedimiento que corresponde á cualquier caballero culto de la vida ordinaria humana, en la que cuerpo y espíritu se desenvuelven y manifiestan armóni-

camente; pero cuando se trata de la malhadada caballería, que es para él espejo, suma y compendio de todas las humanas virtudes espirituales, tiene que parecernos loco rematado, si bien bizarro, porque entonces habla y ejecuta, como si fuera solo espíritu fuerte y no cuerpo flaco, no obstante los avisos que le da la realidad, en uno y en otro encuentro, con su arma más terrible, el ridículo; por esta razón se da también el fenómeno, asaz repetido, de que á cuantos en este bajo mundo han olvidado lo que son, y han hablado y realizado sus actos atendiendo únicamente á los vuelos de su pensamiento y á los señuelos de su febril fantasía, se les haya tenido por locos, y, desde que nuestro Cervantes creó el asendereado caballero andante de la Mancha, se les tenga por *Quijotes*.

Sancho Panza es el tipo que personifica el aspecto práctico y vulgar de la naturaleza de la vida humana, inclinándose, sobre todo, del lado de la vida vegetativa. En él concurren la simplicidad hija de la ignorancia del destripaterrones, la socarronería que nace del interés, la malicia del sencillo, la codicia que tiene por objetivo el comer, beber y dormir sin quebrantaderos de pensamiento. Solo hay dos linajes en este mundo para Sancho: el de tener y el de no tener, y él al de tener se atiene; por esa razón si le *ofrecen la vaquilla acude con la soguilla* y tiene como máxima *que más vale pájaro en mano que buitre volando*. No es melindroso en el comer; estima más un medio pan y un pedazo de queso, sea manchego, sea de tronchoni, que todas las comidas del mundo si estas le han de dar duelos de cabeza ó le han de sacar del sosiego de una vida pacífica, pues desnudo nació y desnudo se encuentra, ni pierde ni gana. Más allá del presente y de su persona nada le inquieta, ni él quiere que le preocupe, así que ensalza al sueño, «porque en tanto que duerme no tiene temor ni esperanza, no tiene trabajo

ni gloria, bien haya, por tanto, quien inventó el sueño, que es capa que cubre todos los humanos pensamientos, manjar que quita la hambre, agua que ahuyenta la sed, fuego que calienta el frío, frío que templa el ardor, moneda general con que todas las cosas se compran, balanza y peso que iguala al pastor con el rey y al simple con el discreto». Es creyente y cristiano á macha martillo, pero cuando de ofertas de hombres se trata, su credulidad es desconfiada, como la del vulgo, pues no ve el enlace entre el presente y el porvenir y sólo y por eso, únicamente el *si sucediera*, le mantiene la esperanza.

Estas diversas cualidades, tan ingeniosa y bellamente armonizadas en un gran fondo de honradez, constituyen el tipo de Sancho Panza y nos dan la fisonomía peculiar de este personaje, caracterizándole de tal modo, que socarrones graciosos andan por esos libros de los ingenios y de carne hueso no escasean por eso; mundos de Dios, pero en verdad ninguno le llega á Sancho, ni siquiera á sus gregüescos, mas si alguno creyere, cuando le oye volcar, sin ton ni son, el saco de sus refranes, que está escuchando á uno cualquiera de la raza de los Sanchos Panzas manchegos que en el mundo han sido, guárdese, porque él, el legítimo Sancho, puede esclamar: «Tate, tate, folloncicos, que ninguno me roa los zancajos, porque cada uno es como Dios le hizo y aún por muchas veces».

D. Quijote y Sancho representan, como es dicho, los dos aspectos de la naturaleza de la vida humana, no contradictorios, pero sí extremos ú opuestos: el espíritu, que tiene las alas del pensamiento, y quiere volar á las regiones de lo perdurable y eterno, á la verdad, bien y belleza absolutos, y el cuerpo, que sólo tiene músculos para alzarse unas cuantas pulgadas sobre la haz de la tierra y nervios para recibir las influencias de todos los agentes materiales que le rodean; el mañana y el hoy; el más allá

y el aquí: el ideal de lo absoluto presentido y no gozado y lo finito presente sentido y padecido. Y, como en resumen, la naturaleza de la vida humana no es completa si en ella no se dan estos dos aspectos, así tampoco D. Quijote es completo sin Sancho, ni Sancho lo es sin D. Quijote: de donde resulta que ambos personajes, completándose mutuamente, no se hallan si no están juntos, como representaciones que son de la vida humana en su total esencia. No es extraño, pues, que D. Quijote quede melancólico en el castillo de los Duques, cuando Sancho parte para hacerse cargo del gobierno de la ínsula Barataria, no permitiendo que persona alguna sustituya á su escudero en los servicios que éste le prestaba, ni que Sancho eche de menos á D. Quijote en todos los trances en los que el gobierno de la ínsula le pone en el apuro de discurrir, y de que, luego á luego, monte en su rucio y sin más repuesto en sus alforjas que un pan y un pedazo de queso se vaya á casa de los Duques en busca de su amo, abandonando el gobierno de la ínsula sin importarle un ardite la pérdida del tan deseado, suspirado y aún ganado gobierno á fuerza de molimientos de sus huesos y de no pocas marrullerías.

No son D. Quijote y Sancho personajes abstractos ni simbólicos en el sentido estricto de la palabra. No; tienen, sí, el carácter específico que les hemos señalado, pero también les es propio el carácter diferencial individual que les hace encarnar en la realidad viviente y hablar: D. Quijote, el lenguaje de los grandes anhelos que se levantan en su conciencia por todo lo que es bueno, justo, verdadero y bello; Sancho, el lenguaje de las pequeñas pasiones y hábitos que le mueven en los estrechos límites de su vida sin aspiraciones; por eso el interés de los diálogos entre los dos personajes no decae durante la novela, que ciertamente no peca por lo corta, manteniéndose

siempre fácil, movido, chispeante y terso, pues, su calor y colorido se produce naturalmente de la convivencia de ambas mentalidades.

No son, no, D. Quijote y Sancho personajes fríos, inertes y pasivos; por el contrario, son ficciones tan reales que, en todos los instantes de la acción en que toman parte, despliegan aquella energía y aquella vida que desplegarían personajes de carne y hueso si se encontraran en las mismas situaciones por las que ellos atraviesan.

No son tampoco estos personajes rígidos é inflexibles, cual si fuesen hechos de cartón-piedra, son hombres que vacilan y dudan, que se animan y desaniman, cual corresponde á la naturaleza humana. D. Quijote siempre que choca contra las impurezas de la realidad de esta vida finita, en las diferentes aventuras que emprende, mohino y mal de su grado cede y rinde el tributo debido á la naturaleza, aún cuando no sea más que con el primer sueño, sin embargo de que en altas voces haga constar que su valor no ha decaído ni decaería si le atacasen, *no solamente la Santa Hermandad, sino los hermanos de las doce Tribus de Israel, los siete mancebos, Castor y Polux y aún todos los hermanos y hermandades que hay en el mundo.* Sancho vacila y duda una y cien veces acerca de la cordura de D. Quijote y otras tantas cree á pie juntillas que su amo puede darle el gobierno de alguna ínsula, si es que no es un condado; y más de tres veces se hubiera vuelto al lado de su mujer Teresa Panza y abandonado el asendereado y maltraído oficio escuderil, si en su ánimo no hubiera pesado el cariño que con el continuo trato había tomado á su amo y un si es no es de esperanza de conseguir la prometida ínsula ó el condado, si, como su interés le hacía creer, el de la Triste Figura llegaba á Emperador.

Uno y otro personaje se desenvuelven y manifiestan en

el transcurso de la acción novelesca de un modo gradual y con un interés creciente, cual corresponde á la perfectibilidad humana, hasta el punto de que el uno y el otro se van influyendo mutuamente y corrigiéndose los extremos á que los llevan sus distintos caracteres, si bien, como es natural, el que más tiene más da, y el que más sabe más enseña, cual acontece á D. Quijote, que educa é instruye á su escudero: por eso cuando Sancho, en el capítulo doce de la segunda parte, habla de la manera acertada que lo hace acerca de las piezas del juego de ajedrez, el Ingenioso Hidalgo, no puede por menos que exclamar: «Cada día, Sancho, te vas haciendo menos simple y más discreto», y Sancho contesta: «Sí, que algo se me ha de pegar de la discreción de vuesa merced, que las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen á dar buenos frutos: quiero decir, que la conversación de vuesa merced ha sido el estiércol que sobre la estéril tierra de mi seco ingenio ha caído, la cultivación el tiempo que ha que le sirvo y comunico, y con esto espero dar frutos de mí que sean de bendición, tales, que no desdigan ni deslicen de los senderos de la buena crianza, que vuesa merced ha hecho en el agostado entendimiento mio». D. Quijote mismo, en no pocas ocasiones, sigue los consejos de Sancho. Con grande amargura, después de la aventura de los galeotes, dice: «Siempre, Sancho, lo he oído decir, que el hacer bien á villanos es echar agua en la mar: si yo hubiera creído lo que me dijiste, yo me hubiera escusado esta pesadumbre; paciencia y escarmentar para desde aquí adelante». Pocos momentos antes de morir reconoce su locura y en el testamento dedica una cláusula á la maldición de los libros de caballería, que tanto daño le habían hecho, porque la gran maestra de la vida, la experiencia, le había enseñado lo que no consiguieron ni el Cura ni Sansón Carrasco con su

sabiduría, ni, mucho menos, ama y sobrina con sus llantos y ruegos.

No falta, por último, á D. Quijote y Sancho el hambiente de la época y el del lugar en que se supone realizan la acción de la novela, para que sean desde todos los puntos de vista verdaderos caracteres humanos. Conocía muy bien el hidalgo Cervantes los sitios en que vivieron y anduvieron los graciosísimos hijos de su genio, había aprendido, viviéndolas, las costumbres de la época que retrata, pues, la estrechez de medios de fortuna de sus padres le había llevado á conocer desde muy mozo lo que era la vida en las distintas capas sociales, viéndola por sus propios ojos en las ciudades y en los campos, en los palacios y en las chozas, en las aldeas y en los apriscos; por eso los que conocen la historia interna de España en los siglos XVI y XVII no solo encuentran en estos personajes los dos tipos representantes de los aspectos fundamentales de la vida humana, sino también dos hijos de su tiempo y del pedazo de cielo bajo el que los colocó su creador.

De las mal hilvanadas razones que os acabo de exponer se desprende que Miguel de Cervantes Saavedra, al dar á luz *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*, creó dos personajes que no sólo son dos verdaderos caracteres humanos, sino también la imagen exacta de la naturaleza de la vida humana en sus dos aspectos extremos, el ideal y el positivo, por virtud de cuya sublime creación salieron de su mágica pluma perdurables y eternos, como la realidad que representan. Ahora bien, tal creación supone una visión directa, intuitiva y penetrante de la esencia de las cosas, que no es ciertamente un don concedido al común de los mortales; son atisvos y anticipaciones reservadas á las poderosas inteligencias, á las intuiciones del genio. Cervantes es, pues, un genio.

Juventud escolar, que te hallas en esa dichosa edad en

que el espíritu está abierto á todos los generosos ideales y ávido de conocer la verdad de las cosas; Claustro universitario valentino, hombres de letras, que un día y otro, torturando vuestras inteligencias, os afanáis por penetrar la realidad de la vida en alguna de las mil facetas que presenta; mujeres, que sois las flores más valiosas del jardín de la existencia; elevad todos conmigo en el día de hoy uno de vuestros más delicados pensamientos á las inaccesibles alturas de la inmortalidad, donde el genio tiene su asiento, en honor y gloria de Miguel de Cervantes Saavedra, que, dando al mundo su imperecedera novela, consiguió el merecido dictado de *Príncipe de los ingenios españoles* y el de *El más humano de los ingenios.—He dicho.*

CONSIDERACIONES GENERALES ACERCA DEL QUIJOTE, BAJO SU ASPECTO LITERARIO

POR EL

DR. D. JOSÉ VENTURA TRAVESET

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Excmo. Señor:

Señoras y Señores:

Un hombre de cara enjuta y frente luminosa, nacido para luchar con su mala estrella y amargado de profundas contrariedades, manco de una mano pero de cerebro excepcional y gigante y que apenas había logrado aún escalar los peldaños de una fama muy relativa, marchaba á Valladolid por los años de 1604 á responder ante la justicia de ciertas irregularidades que se le imputaban en la gestión de determinados cargos públicos. Ni las cárceles, ni los disgustos íntimos, ni mucho menos las privaciones de sus mejores años eran bastante á marchitar la lozanía de aquel ingenio ni la inagotable fuerza cómica de su fantasía; era un mágico artista de la pluma que irisaba los asuntos más triviales con su descomunal entendimiento, que concebía sus más geniales tramas en los lugares de mayor dolor para los humanos, que extraía —como la abeja —las más riquísimas mieles de la belleza de un género literario que ya empezaba á agonizar y á perder terreno para depositarlas en nuevos moldes vedados á los demás mortales y sólo á él patentes y manifiestos, pero para quien el

mundo permanecía insensible é ignorante de la gran revolución literaria y social, trascendental y humana que le estaba reservada para pasmo de su propia generación y asombro de los siglos venideros. Llevaba en su pobrísimo equipaje una joya de inestimable precio que para sí envidiarían las plumas mejor cortadas del mundo intelectual, pandemonium de risas y lágrimas, de erudición ajena y de labor personal, de sucesos reales y fingidos, de historias novelescas y de hechos autobiográficos, de lances de caballeros andantes, de alusiones á las letras sagradas y profanas, de profunda observación humana y sublime idealismo, de sátira cruel y punzante de la que deja profundo escozor en el espíritu más superficial y menos aprensivo, raudales de pensamientos bellos, torrentes de inventiva hasta entonces jamás vistos, un asunto eminentemente nacional pero de aplicación universal y eterna para todos los hombres y todos los tiempos... Este libro, dicho de una vez, era la *Historia del Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*. Impresa la obra en el año 1605 agótanse súbitamente las ediciones, se repiten las tiradas en distintos puntos de España, suena su nombre, fíjanse los intelectuales en el oscurecido autor, la fama pregona su apellido, una nueva era de justicia se le prepara al afortunado novelista, y la lectura de la novísima producción suplanta á la de los libros más en boga y hasta entonces mejor estimados, aún á los tan manoseados poemas de abolengo italiano y á las caballerescas historias de origen transpirenáico. Saboreaba Miguel de Cervantes Saavedra --que tal era el nombre de este revolucionario literario —el triunfo de su nueva labor y preparaba con asiduo estudio sus crisoles artísticos para seguir transformando los devaneos y groseras mentiras de los fingidos libros de caballerías en purísimas copelas de oro de ley ayudado de la alquimia de su entendimiento excepcional, y ya á la mitad de la se-

gunda parte de su obra, mano aleve, si á la suya se la compara, aunque de no de vulgar maestría, se le anticipó en continuar las aventuras del hidalgo manchego, por lo que, tronando en el tono mordaz y sarcástico que le era propio contra semejante despojo literario, aceleró el finalizar su libro, dejándonos el testimonio más imperecedero del genio español y la producción de más alientos que jamás pudo concebir la humana fantasía, joya que á todos nos pertenece, ejecutoria de nobleza la más grande que puede ostentar un español aún en las más apartadas regiones, panacea de melancólicos, farmacia de los espíritus atribulados, libro de saludable enseñanza y solaz para todas las edades, sexos y condiciones, crisol donde se contienen las teorías literarias de carácter más universal, faro y norte de la humana razón, espejo en el que han de inspirarse las acciones humanas, epopeya, en fin, para todos los tiempos y todas las edades. Este hermoso legado del siglo XVII trasmitido de padres á hijos, de generación en generación, cuya lectura jamás envejece, si bien con la patina del tiempo se anublan los mágicos colores de sus alusiones como con la distancia de la época pierden fuerza para la generalidad los más preciosos detalles, es el que hoy, con motivo del III Centenario de su publicación, hace vestir sus mejores galas á Academias y Universidades, á Liceos y Bibliotecas, haciendo renacer de sus propias cenizas—como el ave fénix—el extinguido carácter español, la hidalguía castellana, el espíritu noble y levantado, en fin, que siempre fué la característica peculiar de nuestra raza. Alabar el *Quijote* es vano empeño: todos le habéis leído aunque no generalmente con aquella madurez, sosiego y preparación literaria que hubieran sido de desear, y no hallo otro medio más adecuado para enaltecerlo y aquilatarlo en este día que leer, meditar y saborear solitariamente el más insignificante de sus capítulos; que al fin y

al cabo este procedimiento encajaría como de perlas en la nueva corriente positivista que informa en nuestros días los modernos métodos de enseñanza. Bien estamos convencidos de esta verdad y todos conspiramos hoy á ella: con la imprenta multiplicamos en este año las ediciones más correctas y económicas del *Quijote* poniéndolas al alcance de las más modestas fortunas; con la música se excita en este día el recuerdo imperecedero del genio cervantino ya con himnos entusiásticos, ya con corales de índole popular; en el teatro se reproduce en la presente ocasión la vida y escenas más salientes del hidalgo caballero español; con la obligada poesía se nos transporta á las más purísimas fuentes de la admiración y del patriotismo; con el cinematógrafo, en fin, se hace saber aún á las clases más iliteratas y analfabetas que existió un Cervantes por el cual se nos mira con respeto en el extranjero, y un libro, el *Quijote*, que nos coronó de fama ante la estupefacta humanidad. Por todos estos motivos bien quisiera, Señores, haceros gracia y escusaros de oir mi pobre voz en este festival académico, pero razones de oficio me traen de la mano á presentar rápidamente el *Quijote* como obra literaria á vuestra benévola consideración y superior inteligencia, á las que rendidamente me amparo y encomiendo desde esta ilustre tribuna, cansada ya de recibir hoy en su seno á sabios profesores de entendimientos más felices que el mío, y á péñolas más gallardas que la nuestra que reputamos modesta aunque no ociosa. Y como no es solo para vosotros, oh ilustres Señores Claustrales, la suprema finalidad de esta fiesta centenaria, sino que á más de honrar la memoria del Príncipe de los Ingenios, el preclaro Cervantes, en el mejor de sus libros, persiguen nuestros legisladores y gobernantes un objeto de noble emulación, de enseñanza extensiva y de aliento saludable para esta hermosa juventud que acude

solícita á las aulas universitarias á adiestrarse en las lides del saber y á aprender de nuestros labios el tesoro de doctrina que recibimos de los muy amados y doctísimos maestros que nos precedieron en la cátedra más el modesto contingente de nuestro propio esfuerzo personal, séanos permitido en ocasiones y en gracia al resultado útil y práctico á que todos aspiramos el descender á vulgarizaciones y detalles acaso añejos para vuestros superiores entendimientos ya encanecidos en achaques literarios, pero también acaso aún no sistematizados y claramente presentados á esta juventud que nos empuja en el camino de la vida y de la cual, Señores Escolares aquí presentes, sois una distinguida representación. Bien hubiéramos preferido *ex corde* el referirnos en extracto á un solo comentario crítico, al muy concienzudo de Rios, por ejemplo, ayudado de la notabilísima Vida de Cervantes escrita por Morán, ambos riquísimos en doctrina y de inestimable valor artístico, con lo que hubiésemos resultado verdaderamente aliviados en nuestro trabajo y en la misión que se nos ha encomendado, harto difícil en verdad de realizar cumplidamente por lo muy trillado del asunto; y si á conveniencias personales fuésemos á mirar, nos hubiera sido mucho más grato y airoso el dilucidar un solo punto concreto del *Quijote* agotando la erudición de cuantos ya le trataron; pero nuestro fondo de doctrina debe hoy referirse evidentemente á la obra *in integrum*, haciendo que no desentone la frialdad que traen consigo aparejados los puntos de erudición á todas las edades, sexos é inteligencias aquí congregadas: encomiásticas han de ser mis palabras, pintorescos mis vocablos, vivas mis comparaciones, sóbrias mis citas y rápidos mis bosquejos para no dar en el escollo de una fría y severa lectura de cátedra ayuna de amenidad y completamente insoportable dentro del programa general de alegrías y regocijos de nuestra fiesta universitaria.

Hecha esta previa aclaración que creo muy pertinente y del caso, pasaremos á exponer la crítica literaria, desenvolvimiento y génesis del *Quijote* aunque sea con la brevedad que nos permita el tiempo señalado, qué constituya su anatomía y cuál sea su fisiología, su forma externa y su sentido interno, su acción humana y su trascendental significación, etc., etc., que es como sigue:

La narración histórica contingente, concepción caleotécnica ó argumento pragmático de este gran poema español os es á todos muy familiar y sobradamente conocido, aunque no muy generalmente dilucidado con otros estudios previos y con la ayuda de los cómputos cronológicos y mapas especiales cuyo manejo arrojan gran claridad sobre la acción novelesca. Un hidalgo manchego de cincuenta años llamado Quijano, de complexión recia, seco de carnes y de enjuto rostro, da en leer en sus ratos de ocio los libros de caballerías, olvidándose de la administración de su hacienda y viniendo en este ejercicio á perder el seso. Rematado en su locura cae en la más extraña manía que imaginarse puede: hacerse caballero andante según uso y costumbre de los tales, y lanzarse al mundo en busca de aventuras, poniéndose de este modo en ocasiones y peligros donde cobrar eterno nombre y fama. Provisto por propia industria de armas y de un rocín, á quien da el pomposo nombre de Rocinante, y trocando su patronímico por el más sonoro de D. Quijote de la Mancha en razón á su oriundez, créese enamorado, según usanza caballeresca, de D.ª Dulcinea del Toboso, zahareña labradora á quien en otro tiempo conociera y que diviniza en su magín; y con estas prevenciones sale al campo ceñido de todas armas y dispuesto á enderezar entuertos, enmendar agravios y socorrer necesitados. Cansado y muerto de

hambre ya al primer día, da en una venta que en su vesania toma por fortificado castillo; ríndese en corteses razones con unas mozas alegres y con el socarrón ventero á quienes toma por los soñados castellanos, alcanzando, tras cómicas escenas y alguna que otra refriega, el ser armado caballero, velar sus armas y recibir la pescozada y el espaldarazo que prescribían las leyes de la andante caballería. Sale de la venta nuestro héroe á la hora de alba ya camino de su casa á cumplimentar cierto singular encargo de camisas y de dinero del ladino castellano, interviniendo con vario éxito en dos lances, y recibe humanitario socorro de un su honrado vecino que le topa de paso y que, compadecido, le vuelve á su atribulado hogar, á los amorosos brazos del ama y de la sobrina, y á los de sus compadres el cura y el barbero. Estos, para atajar el mal causado por los malhadados libros de caballerías, hacen un donoso escrutinio en la librería de D. Quijote, modelo acabadísimo de la más pura hermenéutica literaria, condenando al fuego las obras más leídas y de mayor boga de este género. Y como un loco hace ciento, solivianta Don Quijote á un rústico é interesado labrador vecino suyo, de nombre Sancho Panza, con la formal promesa del gobierno de la primera ínsula por él ganada, y asnalmente y en guisa escuderil abandona de la noche á la mañana con su amo el lugar, emprendiendo ambos el camino por los Campos de Montiel. Tiene entonces ocasión la espantable y jamás imaginada aventura de los molinos de viento, y, siguiendo camino de Puerto Lápice, dan en la otra de los dos frailes de la orden de San Benito y del gallardo vizcaíno que les valen nuevas desazones y molimientos. Visita después D. Quijote un rancho de cabreros de cuya mesa participa pronunciando su famoso discurso en alabanza de la edad de oro, y, de boca de uno de ellos, oye la interesante historia de la hermosa pastora Marcela

y del desdeñado mozo muerto de amores el estudiante Crisóstomo; y, tras sabroso razonar con el gentilhombre Vivaldo sobre la dura religión de su profesión caballeresca, asiste al entierro del triste pastor enamorado y sustenta con su espada las razones que en su descargo y como demostración de inocencia depone la arisca pastora. Nueva desgraciada aventura emprende D. Quijote con unos desalmados yangüeses que le muelen á palos y á puñadas, y tras un gentil diálogo con Sancho, acógense caballero y escudero en otra venta que Quijano imaginaba —según su costumbre— castillo, en donde tercia por sus pecados en el conocidísimo y alegre lance de la Maritornes y del arriero, dando, tras apuñeado de nuevo, con un cuadrillero de la Santa Hermandad de Toledo, saliendo al fin sin pagar el gasto, bien que desquitado el malhumorado ventero con el chistoso manteamiento del sandio Panza de manos de la gente maleante del mesón. Ya de nuevo en campo abierto confunde el héroe las manadas de ovejas con dos ejércitos beligerantes, rematándose dicha aventura mal de su grado; topa con un cortejo que acompañaba un cuerpo muerto, acaécele la ridiculez de los batanes, paliada por Sancho con el recurso del artificioso cuento de la pastora Torralba, conquista el yelmo de Mambrino á un medroso barbero, y libra de sus cadenas á ciertos forzados galeotes que le pagan su generosa obra con la más negra ingratitud. Internados en Sierra Morena por recelos á la Hermandad y á consejo de Sancho, conocen allí á Cardenio, el amante de la bella Luscinda, y en abrupto lugar imita D. Quijote la áspera penitencia de Beltenebros, en tanto que despacha á Sancho portador de rendidas cartas á la señora de sus pensamientos y de nuevas á sus más caros allegados. El cura y el barbero, sabedores del sitio en que se hallaba D. Quijote, disponen un gracioso artificio para sacar á nuestro arriscado caballero de la durí-

sima penitencia en que se había puesto, motivándose con esto el oirse referir las más estupendas historias de distintos personajes episódicos, todo lo cual constituye una de las más principales tramas de la novela con el preciosísimo intercalado de *El curioso impertinente*, con la leyenda de la Infanta Micomicona, con el gentil discurso de las armas y de las letras, y con el singular suceso del cautivo y la agradable narración del mozo de mulas y otros inauditos sucesos en la venta, mas la notable aventura de los cuadrilleros. Al fin, por la industria de sus bien intencionados amigos, es encantado, reducido y enjaulado la flor y dechado de la andante caballería manchega; diserta de nuevo un canónigo interlocutor sobre la materia de los libros de caballerías, y, tras discretos coloquios de Sancho Panza con su señor D. Quijote y curiosos altercados de este último con el citado canónigo y una nueva historia contada por un cabrero á los que llevaban á D. Quijote, se prepara el fin de la primera parte de la obra, la que termina con una pendencia del hidalgo con el de las cabras y una rara aventura con varios disciplinantes, teniendo el felice fin de ser restituído en esta guisa al cabo de algunos días á su aldea y hogar, entre la admiración de cuantos le conocían, las muestras de dolor del ama y de la sobrina y las interesadas pláticas del escudero y de su vulgar mujer.

Ya en la segunda parte de la historia comienza la narración por las razones que pasaron el cura y el barbero con D. Quijote para hacer experiencia de su mejoría mental: á este propósito le hablan de las nuevas que habían venido de la corte sobre la gente turca, y tienen ocasión de reconocer cómo el hidalgo no estaba curado de su fatal manía caballeresca. Una notable pendencia del ama y de la sobrina con Sancho que viene á visitar á su amo agrava la situación: aquél —Sancho— presenta al bachiller Sansón

Carrasco á D. Quijote, los que departen sabrosamente sobre los pormenores, detalles y crítica de la nueva historia de su vida, ya entonces publicada. Por un ingenioso artificio de Cervantes satisface Sancho al bachiller de sus dudas y preguntas sobre los pasages obscuros ó contradictorios de la primera parte, siguiendo á esta materia otras no menos interesantes, como la discreta y graciosa plática entre el escudero y Teresa Panza y lo que le pasó á D. Quijote con su sobrina y con el ama, y más adelante con su escudero. Al llegar á este punto decídese D. Quijote, á persuación del bachiller (éste de secreto acuerdo con el cura y el barbero para fines loables que se adivinan en el curso de los acontecimientos) á hacer su tercera salida acompañado del inseparable Sancho, y á un anochecer y sin ser vistos de nadie abandonan otra vez el lugar en dirección á la gran ciudad del Toboso, donde el socarrón escudero, comprometido por el inevitable deseo de su amo en rendirse ante la fermosura de la sin par Doña Dulcinea, logra salir del paso con la suplantación de las tres rústicas labradoras, de todos tan conocida. Ya de nuevo, camino de Zaragoza, encuentran la carreta de los recitantes de Angulo el Malo, valiéndoles una nueva desazón, y al bravo Caballero del Bosque—que no era otro que el Bachiller Carrasco—el que, hábilmente aleccionado, provoca al loco manchego hasta traerle á singular combate, viniendo á frustrarse totalmente los humanitarios planes que ya de tiempo amasaban el cura y el barbero para traer á camino de razón al desequilibrado Quijano, y utilizando al propio objeto sus mismas andantescas extravagancias. Por bien olvidados iba dando el caballero don Quijote los innumerables palos y pedradas hasta allí recibidos, fruto de sus inauditas aventuras, ante la gallarda victoria conseguida sobre el del Bosque y la patente envidia que ya le manifestaban magos y encantadores, cuando

encuentra otro caballero que él confirma con el sobrenombre de *el del Verde Gabán* y con el cual departe juiciosamente sobre poesía y bellas letras, aceptando su generosa hospitalidad en su aldea y casa, no sin antes acometer la felicemente acabada aventura de los leones. Despedidos ya con gran pesadumbre del positivista Sancho del agasajo y regalo que disfrutaban en el castillo ó casa de D. Diego de Miranda y de su hijo el poeta D. Lorenzo, siguen peregrinando hasta encontrar á ciertos estudiantes y labradores que les invitan á asistir á las bodas de Camacho el rico y de Quiteria la hermosa, cuya historia de amor y demás pormenores curiosos oyen relatar, amparando en tal fiesta el valeroso brazo de la resucitada andante caballería el ingenio y traza del pobre y desdeñado Basilio; explora más adelante la profunda cueva de Montesinos, donde cree encontrar á este legendario personaje, al mísero Durandarte, á la triste Belerma y á otros mil quiméricos entes, sin excepción de la encantada Dulcinea; nárranse á continuación la aventura del rebuzno y la graciosa del titerero y del mono adivino, la derrota del retablo de Maese Pedro, la famosa hazaña del barco encantado y otras mil cosas de este jaez, hasta que toman por su cuenta á amo y criado unos expléndidos duques que se divierten muy á su sabor con aquel cúmulo y mezcla de locuras y bellaquerías, de raro ingenio y de redomada malicia, todo lo que da ocasión á los lindísimos cuadros del desencanto de Dulcinea, á la aventura de la Dueña Dolorida, al viaje en el caballo Clavileño, al gobierno de Sancho en la ínsula Barataria, y á aquellos pulidísimos consejos de su amo, modelo de la más acrisolada moral y del más puro buen decir, que serán citados y leídos mientras exista la lengua castellana! En tanto que en el castillo de los duques menudean las burlas y aventuras sobre el rematado caballero de la Mancha ora con la mal ferida

Altisidora, ora con la abrumada Dueña D.ª Rodriguez, amén de otros verdugos y encantadores que atarazan sin compasión á D. Quijote, pórtase Sancho como bueno en su gobierno dando muestras de sensatez y tino en su difícil cargo, hasta que cuerdamente le abandona desengañado con las amarguras que traen aparejados los rápidos encumbramientos en los espíritus humildes, restituyéndose resueltamente á la férula de su señor. Marchan después á Barcelona donde les están reservadas nuevas y no menos espantables aventuras como la de la cabeza encantada, la de la hermosa morisca y otras que omito por brevedad. D. Quijote resuelve al fin hacerse pastor y seguir la vida del campo, por lo que se vuelven á la aldea, en donde enferma el héroe, recobra el juicio y muere cristianamente, llorado de todos y admirado de las gentes venideras.

¿Qué finalidad artística y trascendental se desprende del extracto que antecede? Con evidente perspicuidad y no gran esfuerzo mental nos atrevemos resueltamente á formularla, abroquelados en nuestro íntimo convencimiento personal y apoyados en el examen de la obra y en la opinión valiosamente sustentada, entre otros, por el notable crítico D. Manuel de la Revilla y que han seguido los más eminentes literatos—Menéndez y Pelayo inclusive:—ridiculizar los falsos y mentirosos libros de caballerías ya calificados desde el siglo XIV de obras de devaneos y de probadas mentiras por el Canciller Ayala y por algunos otros poetas trovadores; dar el golpe de gracia á un género literario que agonizaba por momentos, que moría en la forma decadente de la caballería á lo divino: acelerar la ruina de las costumbres caballerescas no extrañas á nuestro suelo, como lo testimonían *El Paso Hon-*

roso de D. Suero de Quiñones y los relatos de las crónicas reales de nuestros monarcas medioevales de Castilla; matar, acaso más de lo que el autor soñara, esa constante humana tendencia á lo sobrenatural maravilloso y disparatado que tanto arraiga en todos los pueblos y en todos los tiempos. Hércules y Teseo en el mundo pagano, Orlando y el Caballero de la Cruz en el ciclo cristiano, eran tramas que debían sustituirse en nuestro siglo de oro por moldes más humanos y reales, y Cervantes echó sobre sus hombros una alta misión civilizadora de más resultancias que lo que él pudo sospechar, iluminando fuertemente las ridiculeces y embustes de las obras tipos que corrían como dechados del género y poniéndonos delante un fiel espejo en el que viésemos en su fea desnudez nuestros extravíos calcológicos y nuestra desviación filosófica, presentándonos sumidos en un mundo similar á una inmensa casa de orates. ¡Y qué gran éxito el de este conquistador de la genuina belleza!; muerta la caballería, revive levemente en los libros á lo divino, sustitúyesela después en la buena novela histórica y ejemplar y en la sarta de perlas dramáticas de nuestro gran teatro nacional, y si alguna rehumbre y vicio quedó más adelante y de la que aún no estamos bien purgados en nuestros días, queda relegada al vulgo y gente de escalera abajo, á arrieros y á traginantes, á la clase indocta y al público de plazuela, en forma de *libros de cordel* y de romances de ciego, así las historias de *Pierres y Magalona*, de *Oliveros de Castilla y Artus de Algarve*, del *Caballo de Madera* y de *Los Doce Pares de Francia*: papeles y excrecencias literarias que deben servir sólo de estudio para la historia de nuestra literatura popular, del mismo modo que las extravagancias del Greco nos explican una fase en el arte pictórico patrio, pero de ningún modo para amamantar y nutrir estéticamente á un pueblo que ya, por fortuna, había salido de la

dolorosa infancia del arte.—No han faltado empero espíritus sensibles y asustadizos que han deplorado la labor del Príncipe de nuestra literatura por suponerle autor material de la muerte de nuestras más loables tendencias y costumbres de la Edad Media, tales son el respeto y rendimiento á las damas, la gentileza de los caballeros en amparar á los huérfanos, menesterosos y desvalidos, el triunfo de la virtud moral sobre la imperiosa ley de la fuerza, y la organización de ciertas instituciones que contrapesaran los atropellos y desmanes de los ruines y mal nacidos; pero esto es un grosero sofisma de falsa causa indigno de tenerse en cuenta, pues ni la intangible mujer de los siglos XIV y XV divinizada en la caballería es siempre tipo igual y constante, como lo prueba la Trotaconventos y demás hembras livianas del Arcipreste de Hita, ni la clásica Celestina y demás mozas ligeras que forman su corte y clientela admiten un ligero paralelo con las típicas damas del ciclo caballeresco. Si murió la adoración femenina, la abnegación de los varones y todos aquellos institutos que defendían tan altos ideales constituídos en estrecha religión, se debió sólo ya á la desviación que con todo ello sufría el arraigado sentido religioso de la época, como lo prueban los anatemas y condenaciones de la Iglesia que tronaba sin contemplaciones contra aquel continuo barajar prácticas religiosas con sucesos en que se derramaba sangre de caballeros cristianos, y á aquella importante corriente literaria contra Bocaccio que repercutió en España y que puso todo su empeño y fin en encauzar el amor perfecto contra la concupiscencia y en presentar el amor ordenado en abierta oposición con el loco devaneo mujeril.

Este fondo exotérico del *Quijote* que acabamos de exponer según nuestro común sentir no ha resultado muy claro que digamos para los críticos y cervantófilos de las dos últimas centurias, de donde se ha seguido el haberse

dividido y exagerado las opiniones y pareceres sobre tan importante cuestión: quién ha querido ver en nuestra obra maestra la oposición dramática que informa la humana existencia;—quién una sangrienta sátira política y antidinástica contra el César Carlos V;—quién una especie de profecía democrática, republicana y racionalista de tiempos ulteriores;—quién, por último, una pinacoteca de sátiras de carácter personal contra determinados personajes de aquella época. No hemos de tener un criterio tan cerrado y extricto que lleguemos á negar que éstos y otros asuntos pueden leerse é interpretarse en el *Quijote*, tanto por la variedad de sus temas como por la mucha extensión del libro, pero el eje principal de la novela aparece solamente visible para la mayoría en la opinión caballeresca antes expuesta, la que es tan patente y obvia que no hay medio de velarla ni desviarla sin cerrar los ojos á la luz de la evidencia. Si hubiésemos, pues, de reducir á breve fórmula el fondo del *Quijote*, diríamos que es una sátira contra los libros de caballerías sin excluir un pensamiento transcendental, universal y humano; pues atribuirle solamente el fin satírico contra lo ideal valdría tanto como dejarle en los límites de una producción escéptica y pesimista en que éste—el ideal—quedase vencido y triunfante el espíritu grosero de Sancho, lo que es antiartístico é inconcebible á todas luces. El *Quijote* es, para decirlo de una vez, un libro de carácter filosófico-realista que encierra en sus páginas el justo medio de la más deliciosa realidad que puede concebirse.

Otra opinión sustentada por algunos literatos de nota es la de que Cervantes no se propuso crear en el *Quijote* la verdad sino la belleza, afirmando los tales que este libro compite y aún aventaja al *Fausto* en este último concepto trascendental. De ser la belleza su única finalidad, claro está que, de acuerdo con lo anteriormente ex-

puesto, no debe contener rastros esta obra de esa doctrina esotérica ú oculta que tanto ha atormentado á los cervantófilos modernos, pues se hace imposible creer que estuviese escondido este arcano casi dos siglos para revelarse sólo en las postrimerías de nuestros tiempos; máxime, cuando á ningún crítico español de nota ni á extranjeros de la fama de Gioberti, Hegel y Shlegel les vino á las mientes ese soñado esoterismo. Solo, en verdad, á espíritus inquietos y sutiles pudo ocurrírseles estas ingeniosas cavilaciones que no tuvieron cabida en el cerebro creador del Manco de Lepanto, atribuyendo de buena fe—por no echarlo á mala parte—intenciones y propósitos que la sana crítica moderna desvanece con la mayor facilidad. Tampoco tiene fácil explicación el que Cervantes quisiese disimular las ideas fundamentales de su libro, procedimiento diametralmente opuesto al espíritu de la época, al de los escritores de su ciclo y aun al del propio Cervantes, cuyos rasgos de franqueza y despreocupación leemos sobradamente en su vida y en sus bien acusadas novelas ejemplares y chispeantes entremeses. Basta, pues, con lo expuesto para definir de nuevo el fondo intencional del más famoso de nuestros libros y explicar la razón por la que Cervantes no fué apreciado por sus contemporáneos á la verdadera altura de su valía: ¡estaban demasiado cerca del cuadro para abarcar á un solo golpe de vista una perspectiva visible únicamente desde la distancia de los siglos venideros!

Perplejos quedaríamos también si al analizar el *Quijote* hubiésemos solo de hacernos eco de la crítica apasionada con que en tiempos anteriores ha sido disecado, pues en tanto que en el siglo XVIII se rebajó su concepto en demasía por los extranjeros que, inhábiles en su mayor parte para aspirar sus más finísimos aromas y sus puntos de españolismo, solo apreciaban su factura externa, más

adelante los partidarios del pseudo-clasicismo francés alabaron á más no poder nuestra primera obra, hasta el punto de suponer cosa hecha de intento sus más capitales defectos. ¿Y qué hemos de decir de semejantes exageradas y extremas opiniones sino advertir que los elogios tributados á la historia del caballero manchego no atenúan en modo alguno sus diatribas, y recordar que mientras se censuraban las cosas de España en otras naciones, especialmente en Inglaterra y Francia, Cervantes y su *Quijote* eran muy leídos en el riñón de Europa, colocándose al ilustre soldado muy por encima de Boileau, de Corneille, de Racine y hasta de Homero mismo, llegándose en el camino de las hipérboles hasta á considerársele como «el ilustrador del género humano»? Si es manifiesta la exageración de esta alabanza, reservable solo para genios solitarios como Valmiki, Homero, Goethe y Dante, también lo es la injustificada postración aludida, pues Cervantes por su época, su tendencia y su labor tenía que distar tanto de estos epopeyistas como los grandes conquistadores históricos de los héroes y semidioses de la Edad mítica glorificados por el paganismo. La figura de Cervantes nada pierde en ser considerada en su punto de vista natural y conveniente: antes por el contrario, solo así puede apreciarse sin aberraciones ni cromatismos la grandeza de su obra, su perfección artística, y cómo supo triunfar el coloso en su árduo empeño.

No paran aquí las cosas: á los despiadados anatómicos citados y á los indiscretos *laudatores* de referencia sigue un ejército de comentaristas que contribuye con los partidarios del sistema clásico á agrandar sin caridad los defectos anejos á toda obra humana censurando de paso la imperfección, lo accidental, la menudencia que mata. ¿Quién no ha sentido profunda tristeza ante la labor de paciencia monacal y hasta bizantina de Clemencín que no

perdona medio de barnizar y destacar párrafos, alusiones y vocablos que por exigencias artísticas debían quedar en la dulce penumbra de un segundo término para producir la plácida suavidad del contraste y no distraer de las líneas más salientes y generales de la obra? ¿Es que el potente genio de Cervantes necesitaba de segunda mano que acusase sus líneas, que hiciese resaltar sus toques, siendo así que cuando de intento pone la pincelada caliente y vigorosa deja absortos á cuantos le leen? Pase en gracia á la buena intención muchos de los escolios de nuestros comentaristas y respétese sólo como estimable labor crítica lo que sea digno de estimación; pero el juzgar á través de una lente de muchos aumentos la más hermosa obra de la estatuaria helénica y disertar sobre la imperfección de su contextura marmórea, sobre su opacidad ó su finura mineralógica, no ha sido, es ni será nunca el campo de acción de una serena y concienzuda crítica literaria cuyo único medio de estudio es la abstracción caleológica y cuya medida de aproximación al ideal la comparación con otros modelos de su género. Lejos, muy lejos de nuestro ánimo el hostilizar á los comentaristas: Hesiodo, Homero, Plauto, Virgilio, etc., también los tuvieron sin que hayan padecido en nada sus obras maestras con semejante ejercicio, pero el juzgar literariamente el *Quijote* por sus prolijos comentarios y enfadosas anotaciones es empresa parecida é igualmente absurda que reproducir en hermoso lienzo la inmensidad de los mares estudiando de paso la composición química y atómica de las aguas ú oir la mejor de las sinfonías de Beethoven con ayuda de un tratado de composición ó haciendo al mismo tiempo físicas experiencias sobre las leyes y teorías del tubo acústico. El fin del arte es idealizar la realidad en la mayor medida posible, y la fantasía de los genios colma y rebasa sin excluirlos los severos cánones del preceptismo; así el ejercicio é

ilustración del comentario debe quedar sólo para el erudito y el escudriñador de oficio que aspire á hacer luz y nó para el verdadero lector de alma artística ni mucho menos para aquel que intente sólo definir dogmáticamente en materias de arte. Claro está, insistimos, que no pasa por nuestras mientes el que se critique la obra de Cervantes con olvido absoluto de cuanto enseña la literatura filosófica y la preceptiva; pero tanto, tanto se ha abusado del microscopio y del reactivo que no podemos menos de deplorar tamañas trasgresiones que sólo consiguieron convertir en amargo acíbar los más dulces y sabrosos conceptos del libro cuya excelencia hoy cantamos. El verdadero foco, entiéndase bien, donde convergen los rayos luminosos del *Quijote* es sólo el derribar los libros de caballerías, y de aquí su celebridad; pero hay otras entrañas en la obra que explican la supervivencia de esta sátira castellana sobre otras similares del Padre Isla y de Moratín que han quedado sólo relegadas á las frías páginas de los libros de literatura. Más estimable y útil es la crítica de otros eruditos como Mayans, Pellicer, Navarrete, Ríos, Hartzenbusch, Fernández Guerra, Barrera, Valera y demás falange de investigadores infatigables que nos han presentado la excelencia moral del autor reflejándole en su obra, dándonos á conocer con este motivo las más provechosas enseñanzas literarias: en sus estudios se vé cómo las amarguras y hieles de Cervantes no se infiltraron en *El Ingenioso Hidalgo*, sino que, por el contrario, se manifiesta como espíritu sano, jovial y bien avenido con la vida; cómo brilla la nobleza de los personajes; cómo presenta á las criaturas hechas á imagen de Dios; cómo en sus retratos de mujeres aparecen aquéllas discretas y virtuosas y aún en las más livianas hay siempre algún rasgo moral que no repugne; cómo la inteligencia y la virtud constituyen los hilos de aquella regocijada urdimbre; cómo D. Quijote

es un loco cuerdo y un cuerdo loco; cómo Sancho, socarrón y egoísta, concluye siempre en fiel, agradecido y perdonador, ni cobarde ni sufrido: cómo los demás caracteres están firmemente sostenidos con la mayor propiedad: prudente el cura, bien intencionados el bachiller y el barbero, solícita el ama, amante la sobrina, generosos los duques, hidalgo el oidor, enamorado el cautivo, etc., etc. Échase de menos verdaderamente en la obra una unidad de acción completa, pues en realidad es una galería de cuadros continuados á la que pudo añadirse otra tercera parte de fondo bucólico con la vida de D. Quijote hecho pastor; también los episodios son ajenos completamente á la acción principal, según el gusto de la época, y esto sin duda alargó acaso demasiado la extensión de la obra: pero estos y otros pequeños lunares quedan oscurecidos con la pintura del corazón humano que legó Cervantes á la posteridad tomando sus asuntos de cuanto vió y observó en su agitada vida de escritor, de cautivo y de soldado. No cuanto se narra en el *Quijote* es alusión concreta y determinada ni jamás sus páginas se manchan con las injurias personales tan frecuentes en otros poetas: antes bien, Cervantes rechazó la burla sangrienta, el descreimiento y la irreligiosidad, manifestándose con gran empeño pío y no exento del fanatismo propio de su nación y de su tiempo.

El estudio de la vida de Cervantes proyecta por demás grandes haces de luz sobre la verdadera crítica del *Ingenioso Hidalgo*. pues por medio de este estudio descubrimos que jamás presumió de consumado letrado á la manera de Lope, de Calderón ó del Maestro Tirso, sino que se revelaba como un genio intuitivo en el ocaso de su vida. Sus discursos, sus consejos, sus máximas sólo son declamaciones más brillantes y graciosas que eruditas, como lo prueban sus falsas citas y equivocadas acotacio-

nes; sus sentencias de los sabios como sus refranes están tomados del fondo popular, y sus conocimientos de los libros literarios, poéticos y caballerescos pertenecen al común comercio del pueblo. Burlándose de lo épico resultó, por el contrario, enamorado de lo trágico y de lo novelesco, de la romancería y de la caballería, á la que por propio instinto redujo á sus verdaderos límites. ¿Qué causas externas pudieron determinar en su espíritu estas tendencias y derroteros? La historia general de la literatura nos da la clave del problema: mientras en Asia se prolongó por bastante tiempo la edad de las grandes epopeyas—la edad divina—en la Europa pagana desaparecieron los dioses sustituyéndose por la epopeya perfecta; y á su vez en la Europa cristiana el ideal religioso fijó los dogmas y la gran Filosofía de los cinco primeros siglos, haciendo brillar esplendorosos—como sucede en las obras del insigne Chateaubriand—los destellos de los más puros raudales de inspiración informados por la doctrina del Crucificado. De aquí que Cervantes, mofándose de un ideal, diese en otro, el ideal cristiano, que no es sino la quinta esencia de la moral del Evangelio.

Mil y mil argumentos podríamos aducir y continuar para hacer la apología del *Quijote* si nó temiéramos caer en una fastidiosa erudición impropia de este momento: la historia literaria que enseña, las ideas que suministra, los hechos caballerescos con que nos ilustra, la antología de refranes que nos lega, el conocimiento de usos y de costumbres que nos presenta, los tipos humanos que nos describe, las pasiones que analiza, los defectos que corrige, las virtudes que ensalza, los problemas trascendentales que resuelve, la galería de mujeres que retrata, la léxica que fija, la autobiografía que narra, la eterna lucha de ideales que filosofa, los nombres heróicos y caballerescos que inmortaliza, los romances legendarios que perpetua,

y... ¿cómo indicar y describir en pocas líneas lo que ha sido objeto de tantos años de labor analítica y de tantos libros de luminosa ilustración? Decir, Señores, que es un libro que nos hace reir en la infancia, aprender en la adolescencia y meditar en la madurez de la vida es el más cumplido de todos sus elogios; ¡nó en balde la España de hoy se juzga deudora de alabanzas al más español de sus escritores y al más castizo de sus libros, en el que, de modo maravilloso, Cervantes conquistó para sí la eterna reverencia de sus coterráneos como maestro muy insigne en el difícil arte de bien hablar!

No es menos digno de conocerse y propagarse, Señores, el proceso histórico del comentario del *Quijote*. La más remota é inicial noticia que sobre el particular poseemos son las notas dispersas que acompañan á una traducción inglesa y en verso, debidas á la pluma de Edmundo Gayton (Londres, 1654), bien extrañas por cierto al asunto y llenas de aviesos é intencionados tiros contra el catolicismo. Más adelante y por iniciativa de la Reina Carolina de Inglaterra, esposa de Jorge II, se formó una colección de libros de entretenimiento conocida con el nombre de *La biblioteca del Sabio Merlín* en la que no figuraba nuestra inmortal obra; el célebre Barón de Carteret notó esta imperdonable falta é hizo finísimo obsequio de un ejemplar de ella á tan literata Reina, para lo cual editó en Londres (1738) una magnífica edición castellana, ilustrada con la vida de Cervantes por la cultísima pluma de D. Gregorio Mayáns. Abrióse con este loable ejemplo la senda de las investigaciones, y así, cuatro años más tarde, el Caballero Sarvis, compatriota de Carteret, publicó una excelente versión inglesa, pero plagada de interpretaciones siniestras y equivocadas sobre las ideas morales y religiosas de Cervantes, obra á la que siguió en tiempo no distante (Londres y Salisbury, 1781) otra muy magnífica edición cas-

tellana debida al Reverendo Doctor Juan Borsle, con anotaciones, índices y láminas curiosísimas. Sigue cundiendo este movimiento exegético en Francia, Holanda y otros países, saliendo al fin los españoles de su censurable abatimiento y apatía, y mereciendo hoy ser recordado con letras de oro el patriótico esfuerzo del Marqués de la Ensenada. Ministro que fué de Fernando VI, que proyectó una edición castellana superior á la misma de Londres, editada bajo la dirección del mismo Mayáns ya citado; pero aunque fracasó tan generosa idea, quedó el campo bien abonado para los sucesivos continuadores de tan eximio analizador. Secuaces de la misma tendencia crítica de Mayáns fueron Martínez Pingarrón, Pellicer, Iriarte, el Padre Sarmiento y otros, que, congregados bajo la bandera de la anterior tendencia, formaron un poderosísimo núcleo de comentaristas y críticos del *Quijote* con D. Vicente de los Ríos, Fernández Navarrete y Clemencín, á los que siguen en nuestros días Hartzenbusch, Benjumea, Revilla, Valera, Thebussem y otros nombres no menos notables cuanto conocidos en la república de las letras. Con motivo del actual Tercer Centenario de la publicación de la primera parte del *Quijote* ha renacido con nueva savia y vigor juvenil este orden de arcáicos estudios crítico-literarios en revistas y folletos, periódicos, libros y discursos, y en el día no lejano en que la bibliografía actual cumpla su alta misión podremos saborear en prudentes extractos la labor cervantina de la España intelectual de 1905.—Como obras clásicas de interpretación y consulta sobre tan diluida materia han merecido justa fama hasta hoy el magnífico juicio crítico de Rios que vá al final de la edición especial de la Real Academia; las concienzudas Notas sobre la vida de Cervantes que escribió Navarrete, redactadas por La Barrera; la Vida de Cervantes del castizo Quintana; la Vindicación de ciento quince pasajes del *Qui-*

jote de D. Juan Calderón; el Elogio de Cervantes de Mor de Fuentes; la Vida de Cervantes firmada por Aribau; la Vida y Estudios sobre Cervantes escritos en francés por Chasles; la del mismo título de Morán; los seis preciosos libros que, con diversos títulos, publicó Díaz de Benjumea; otros tres, de epígrafes muy sugestivos, de Tubino; la crítica sobre Benjumea de D. Juan Valera; la Apología del autor, de Eximeno; el libro de fondo geográfico compuesto por Don Fermín Caballero; otro sobre la Medicina práctica del *Quijote* de Hernández Morejón; la Jurisprudencia de Cervantes de Gamero; Cervantes teólogo por el Presbítero Sbarbi; la Filosofía española de Cervantes analizada por Federico de Castro; las Ideas económicas del *Quijote* por Piernas Hurtado; otro trabajo de crítica sobre el texto impreso en Argamasilla, por Acosta; cinco tomos con variados y curiosos títulos de D. José María Asensio; otro contra los traductores del texto español—este en francés por Biedermann; los hermosos comentarios á la edición francesa escritos en inglés por Próspero Merimée; la relación médico-psicológica del *Quijote* de Molist; otras dos obras y varios estudios de Revilla, estos últimos intercalados en sus escritos didácticos; dos notabilísimos trabajos de crítica literaria sobre el propio asunto por el filólogo valenciano D. Vicente Salvá; el estudio especial incrustado en la obra *Hombres y Dioses* de Paul de Saint Víctor; la notable antología del *Quijote* con las notas de los más ilustres críticos alemanes, coleccionada por Edmundo Dorer; el espúreo *Buscapié* de D. Adolfo de Castro; los artículos del Doctor Thebussem; las críticas y resúmenes sobre el particular de Menéndez y Pelayo; etc., etc.;—á todo lo cual debe añadirse la inmensa labor crítica de este neorenacimiento que hierve en el actual momento histórico y de la que esperamos con justicia que sea piedra angular y clave arquitectónica que cierre gallardamente el pórtico

de la inmarcesible gloria cervantina.—Y si la fama de un libro puede juzgarse por el número de sus reimpresiones, ¿cuál otra obra de amena literatura podría oponérsele á la que tanto ha hecho gemir á las prensas en estos tres últimos siglos? Proféticas fueron las palabras que el genio del autor puso en boca de su héroe: «Treinta mil volúmenes —dice el avellanado caballero manchego—se han impreso de mi historia, y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millones si el cielo no lo remedia»; y en otro lugar exclama: «Tengo para mí que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; sino dígalo Portugal, Barcelona y Valencia donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y aún se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca». La profecía, Señores, se ha cumplido maravillosamente en todas sus partes, trasvasando además el campo de la literatura novelesca al de las artes plásticas, gráficas y escénicas, y siendo asunto muy ensayado y preferido por los más notables escultores y grabadores, pintores y dramaturgos: testigos Guillem de Castro y el moderno autor de *La Venta de D. Quijote;* testimonios los miniados artesones del artista Mosnier, coetáneo de Cervantes, en el Palacio del Conde de Chaverny (1625) y las pinturas murales decadentes de principios del siglo XIX en el Palacio del Arzobispo Moscoso al pie de mi hermosa Sierra Nevada. Hable por nuestra boca la incontrastable fuerza de los números que arroja el cómputo tipográfico hecho por el señor Menéndez y Pelayo, único que nos merece entero crédito, y que comprende desde la aparición de la primera parte del *Quijote* en 1605 hasta 1894: él nos acusa ciento ochenta y cinco ediciones castellanas (la quinta de estas en Valencia), tres catalanas, ciento veinticinco francesas, setenta y siete inglesas, treinta y nueve alemanas, nueve holandesas, catorce italianas, ocho

rusas, tres dinamarquesas, cinco portuguesas, dos suecas, dos bohemias, tres húngaras, una polaca, dos griegas, una servia, una croata, una finlandesa y una turca; lo que monta á cuatrocientas ochenta y dos ediciones, ciento noventa y tres pertenecientes á las lenguas ibéricas y doscientas ochenta y nueve á las extranjeras (casi un ciento cincuenta por ciento más de traducciones que de matrices); todas las que, á dos mil ejemplares de tirada por término medio—que no es mucho suponer—dan un fabuloso total de novecientos sesenta y cuatro mil volúmenes. Tratemos ahora de completar prudencialmente estos datos con los de los once últimos años en que no tenemos número fijo. Si suponemos por cálculo comparativo doce ediciones castellanas de á dos mil ejemplares (sin contar la última copiosa de la Academia que no me consta más que por rumores) mas otras diez extranjeras de á mil, arrojan treinta y cuatro mil *Quijotes*, que, sumados á los novecientos sesenta y cuatro mil anteriores, dan la formidable cifra (y esto calculando por bajo) de novecientos noventa y ocho mil libros: esto es, cerca, muy cerca de un millón de ejemplares: cifra de reimpresión que sólo ha superado en el arte de Gutenberg, en igual plazo, la Biblia y algunos textos clásicos, que sepamos!!

Un momento y concluyo, pues no quiero molestar por más tiempo vuestra benevolencia con otros mil prolijos detalles sobre una obra cuya primera magnitud ningún crítico de fama ha discutido y cuya superior factura ha sido reconocida y confesada por propios y extraños, coetáneos y sucesores. Nuestra situación social y política ha cambiado radicalmente desde que Cervantes halitaba hasta hoy: aquel sol que jamás se ponía en nuestros dominios apenas calienta ya el patrio suelo, nuestra riqueza material

ha decaido, nuestras empresas militares han quedado eclipsadas, nuestro vasto imperio colonial se ha desvanecido totalmente en triste aciago día de doloroso recuerdo, nuestras grandes fuentes de riqueza están en manos extranjeras... ¿qué nos queda, Señores, de la temida nación española?... Digámoslo muy alto: nos quedan sabios á quienes premian en el extranjero, artistas que recorren triunfantes los grandes certámenes internacionales, un Echegaray á quien acaba de rendirse hoy día pleito homenage, un Cajal á quien se le reconoce como una potencia histológica del mundo médico, un Menéndez y Pelayo en el que beben los eruditos de ambos continentes, soberbios templos góticos como los de Toledo, León y Burgos, fantásticos monumentos árabes como los de Córdoba, Sevilla y Granada, pasmosas imaginerías como las del compostelano Pórtico de la Gloria, maravillosos cuadros de Velazquez, del Greco, de Ribalta, orfebres notables, tallistas insignes, archivos musicales no espoliados... ¡un mundo, en fin, de bellezas y de arte de genuina cepa española! Por eso es por lo que honramos hoy la memoria de Cervantes y nos ufanamos con su mejor obra, como aquellas familias linajunas que, venidas á menos por inevitables circunstancias de la vida, sacan del fondo del arca en días señalados sus miniadas ejecutorias, las insignias de sus próceres, las armas de sus guerreros, el archivo de su casa y las cartas de su nobleza; por eso en estos tiempos en que se preconiza la paz universal dirigimos la vista nó al luchador con la espada, sino al conquistador con la pluma; por eso, finalmente, al pronunciar en estos solemnes momentos el preclaro nombre de Miguel de Cervantes Saavedra, convivimos llenos de entusiasmo todos los españoles como en clásica fiesta de familia, íntima, cordial, no envenenada por bajas pasiones ni rencillas internas, en nuestra propia casa solariega, y elevamos nuestros corazones recor-

dando, aunque con dolor, nuestra extinguida grandeza y poderío intelectual y material, consolándonos de paso en nuestra inopia relativa con pasear triunfante la señera de nuestro propio carácter y de nuestra ética moral y social —el *Quijote*—ante la faz del mundo civilizado que nos mira con respeto y envidia por poseer tan invalorable joya. Hagámonos dignos, Señores, de la ilustre prosapia literaria que por bondad divina nos ha cabido en suerte el ostentar, y en el paroxismo de nuestro entusiasmo gritemos jubilosos como una raza satisfecha y bien avenida: ¡Viva Cervantes! ¡Viva el *Quijote!* ¡¡Viva España!!—*He concluido.*

DISCURSO DE CLAUSURA

POR EL EXCMO. SR. RECTOR

DR. D. JOSÈ M.ª MACHÍ Y BURGUETE

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE MEDICINA

Señoras:

Señores:

Si á ello no obligara la cortesía, impusiérame gustoso el grato deber, después de saludar con efusión á todos los presentes, de felicitar con calor á cuantos han intervenido activamente en el éxito de la fiesta que con tanto brillo se ha celebrado, y el de dar en nombre de S. M. el Rey (q. D. g.), de su Gobierno y Claustro Universitario, las más expresivas gracias á cuantos con su presencia han contribuido al mayor realce y esplendor de esta solemnidad académica.

En la conciencia de la España culta, sin duda, hace tiempo germinaba el loable propósito de conmemorar cual cumple á todo aquel que de español se precie, un hecho, al parecer pequeño en los momentos en que tuvo origen, y que agrandóse después hasta lo sumo, como la fama pregonada por trompetas, cual fué la aparición en el mundo literario de la obra magna de Cervantes, el *Quijote*.

El nuevo ser, cuya existencia era apénas de pocos conocida, no podía despertar gran interés, debiendo arrastrar vida precaria, y vagando por el campo de las letras,

casi vivía á expensas de la conmiseración del prójimo. Pero sano, robusto, vigoroso y fuerte, contaba con recursos que le eran propios, permitiéndole arrollar obstáculos, conquistando, con la ruda labor del que batalla, los inexpugnables baluartes en que encastillarse suelen los críticos y censores, logrando al fin dominar con acentos persuasivos á cuantos tratándole al pronto con indiferencia al menos, acabaron por rendirse y humillarse.

Y cual mozo que sale de su aldea, partido el corazón en dos pedazos, uno que deja entre los suyos, y otro que le impulsa y le sostiene frente al enemigo en el campo de batalla, en las luchas en defensa de la Patria, y abrasado por el ardor bélico, vence y triunfa, y victorioso, colmado de honores y de gloria, vuelve al fin al seno de su hogar honrando al pueblo que le vió nacer; así el *Quijote*, ciñendo la corona de laureles que los pueblos y naciones tejieran para ornar sus sienes, torna luego á sus patrios lares, para hacer entrega á su gran familia, de cuantas ofrendas y presentes que en su triunfante carrera recibiera, de los magnates del reino de las letras, legando á su descendencia aquel tesoro inagotable de reglas y principios, sentencias y consejos, dictados y aforismos, proverbios y refranes, caudal inmenso de elementos de vida ética y social.

He aquí por qué, inspirándose en los sentimientos patrios el Gobierno de S. M. atento siempre á conseguir el mayor grado de cultura, del pueblo cuyos destinos rige, solícito con empeños en reverenciar á los varones ilustres de esta tierra, tan grande por sus hijos, como por sus hijos noble, queriendo inculcar el amor y el respeto á las glorias patrias, fuentes de inspiración y de grandeza, ha dispuesto con aplauso unánime y con una alteza de miras que le honra, celebrar con grandes fiestas la venida al mundo de *El Ingenioso Hidalgo D. Quijote de la Mancha*.

La Universidad Literaria de Valencia; siempre dispuesta á acatar órdenes superiores, no solo las acata y cumple satisfecha, sino que en este caso se asocia de modo espontáneo al regocijo y júbilo generales que reinan en el mundo intelectual, rebosando de entusiasmo y henchida de gozo, al expresar en forma adecuada y propia la admiración que siente por aquel que supo hacernos inmortales, al legar sus obras á la posteridad consciente.

La Universidad hoy viste de fiesta; hoy la Universidad ostenta sus galas y luce sus preseas, revelando cada cual en su semblante, que experimenta ese gozo íntimo, esa interna satisfacción que proporciona la conciencia del deber cumplido, para rendir culto externo y ostensible al ingenio del clásico Hidalgo, revelado por el genio del Manco de Lepanto.

Cómo ha respondido la Universidad, dijera mejor, cómo ha manifestado ésta su entusiasmo por tan insigne gloria patria; cómo ha expresado su pasional afecto á la obra imperecedera, del inmortal autor, bien á la vista ha estado y bien ha penetrado en la conciencia de todos. Cada Facultad ha rendido pleito homenaje al Ingenioso Hidalgo entregando como ofrenda el ópimo fruto de la inteligencia, rico don que armoniza, con aquellas joyas literarias, que Cervantes nos legó como herederos de su fortuna.

Muchas y calurosas felicitaciones merecéis, cuantos de vosotros habéis laborado, por cuenta propia ó por la de vuestra Facultad; y enhorabuenas se os prodigan ya por el acierto, ya por el exquisito gusto, ya por la fácil manera, para vosotros, de cumplir la misión que se os había confiado. Si el Hidalgo D. Quijote de nuevo apareciera en este mundo, centuplicara sus proezas aguijoneado el suyo por vuestro peregrino ingenio; y si Cervantes, por fortuna, resucitara, no se lamentaría de ser inmortal, como la diosa de la Isla Ogygia; y dejando á un lado los prodigiosos

triunfos de la inteligencia, crearía nuevos Quijotes, estimulado por el derroche de ingenio que su obra ha producido en la generación presente.

Festejar la impresión de una obra y celebrar con fiestas académicas un tercer centenario de su aparición en el mundo de las letras, es consagrar las excelencias de la publicación, no admitiendo duda alguna, rechazando toda nueva crítica y aceptando, como verdad inconcusa, lo dicho y proclamado por las generaciones y las nacionalidades.

Festejar el *Quijote* es festejarnos á nosotros mismos, simbolizados en el fruto imperecedero del genio de Cervantes, cuyo Hidalgo Manchego había por fuerza de ser ingenioso, debiendo su existencia al soplo de vida del apodado El Manco de Lepanto, quien al calificar á su personaje, nos calificó y caracterizó ante el mundo entero.

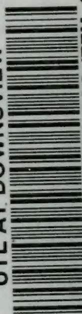
Es el *Quijote* como la enciclopedia moral de la España de todos los tiempos; y á la vez, como la enseña social de nuestra nación hidalga; colosal obra lírica con letra y música de un mismo autor; suntuoso y soberbio monumento nacional, que atesora cuanto noble, grande y sublime forma el rico patrimonio de este pueblo singular y heróico; catecismo social para los hijos de esta tierra bendita, cual tierra de promisión; precioso guardajoyas literario, de la hidalga y noble familia hispánica; escudo heráldico de la literaria estirpe de nuestros antepasados; cincelado vaso de oro y preciosas piedras do escanciara el licor de ambrosía de su literatura erudita el más vate de los prosistas, y que con afán libaron sus ilustres sucesores en el reino de las letras. Es el *Quijote* nuestra personificación al fin; asombroso alto relieve del corazón y carácter españoles, esculpido por el cincel-pluma del más eximio de los genios refulgentes.

Hemos conmemorado la publicación del *Quijote;* pero

si hubiéramos limitado nuestras demostraciones de júbilo al motivo de la fecha en que este viera la luz, hubiéramos cometido grave falta moral, por el mero hecho de no exteriorizar nuestros deseos y nuestros sentimientos. Celebrar los días, aquí siglos, del *Quijote* relegando, ó poco menos, al olvido al autor de los días del Hidalgo manchego, hubiera sido crimen de lesa alteza al Príncipe de los ingenios; así que aún cuando coronado de laureles el inmortal Cervantes por generaciones y generaciones, nosotros hemos añadido á las innúmeras que forman el pedestal de su gloria nuestra emblemática corona; expresando con ello nuestra admiración y entusiasmo prestando vasallaje al poder del genio, personificado en Cervantes, simbolizado en ese busto ante el cual hemos rendido pleito homenaje de admiración y respeto.

Grandioso, sublime acto, el acto de la coronación que se acaba de realizar; su gratísimo recuerdo despertará en nuestra alma dulces emociones, haciéndola vagar en un ambiente perfumado y tibio, lleno de luz y armonías, cual el limbo de la gloria.

Después de estas fiestas, después de estas solemnidades, después de estas ceremonias, qué gran gloria cupiera á Cervantes, si nosotros confiáramos á su póstuma influencia la prosperidad y engrandecimiento de la patria, recomendando para ello á la nuestra y á las generaciones venideras que aprendan el *Quijote* de memoria!—*He dicho.*


UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 10 09 15 08 009 0